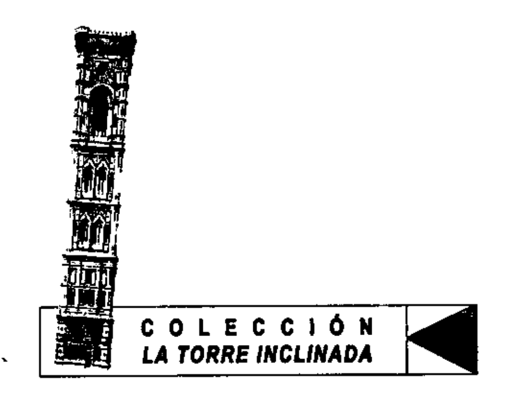
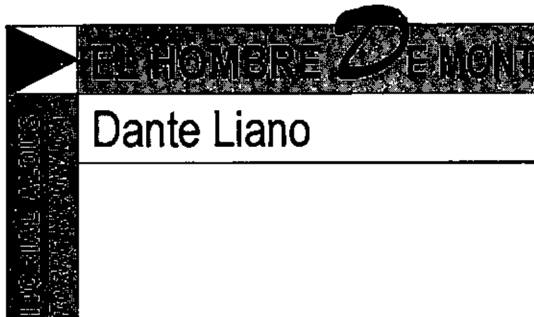

COLECCIÓN
LA TORRE INCLINADA


EL HOMBRE DE MONTSERRAT
Dante Liano



Primera edición, 1994

D. R. © EDITORIAL ALDUS, S. A.
González de Cossío 612, Colonia del Valle
03100 México, D. F.

ISBN 968-6830-19-7

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

...ce qui compte est ce qui
ne figurera pas
dans les biographies
officielles, ce qu'on
n'inscrit pas sur les tombes...

*(*YOURCENAR, *Memoires*
d'Hadrien)

¡Cuídate de la víctima
a pesar suyo,
del verdugo a pesar suyo
y del indiferente a pesar
suyo!

*(*VALLEJO, *Cuídate España*
de tu propia España)

Il mare di dolore, passato e
presente, ci
circondava, ed il suo livello
è salito di
anno in anno fino quasi a
sommergerci. Era
inutile chiudere gli occhi o
volgergli le
spalle, perchè era tutto
intorno, in ogni
direzione fino all'orizzonte.
Non ci era
possibile, né abbiamo voluto,
essere isole.

*(*PRIMO LEVI, *I sommersi e i salvati)*

Los hundidos y los
salvados

CAPÍTULO I

1er día (lunes)

1

No le falló la intuición. El muñecote grande que parecía caído de un cartelón publicitario estaba bien muerto, probablemente no hacía mucho, pues todavía lo sintió aguado cuando trató de moverlo.

Con la punta del pie lo había sacudido un poco, diciéndole:

—Usted, usted...

Hasta que reparó en la pocita de sangre que se había formado. Se rascó la cabeza, pues quién le mandaba haberse detenido. Ahora tenía que sacudirse lo más pronto posible de la molestia.

Volteó el cadáver, por curiosidad. Pesaba como un quintal. Era un tipo bigotudo y fuerte, más negro que volverlo a decir y con cara de pocas pulgas. "Éste ha de haber sido de mal carácter", pensó.

Esa mañana, el teniente García se había levantado temprano. Vivía en la Primero de Mayo, con la esperanza de que terminaran luego la Colonia Militar. Salió a la calzada Copán en el Ford Galaxy que había comprado sin pagar impuestos. Cuando estaba llegando a la colonia Montserrat, había visto el bulto a la orilla del camino, en un sitio pelado.

—Un muerto —dijo. Y sin pensarlo mucho, parqueó unos metros más adelante. Podía ser un borracho. Pero el teniente Carlos García era hombre sensible y tenía sus presentimientos. Se había acercado al cadáver y confirmó su corazonada.

Alguien le había descargado la tolva, al infeliz, con pésima puntería y una gran suerte. Sólo uno de los tiros parecía mortal, el de la cabeza. De seguro se habían pegado y luego el asesino comenzó a disparar. O, tal vez, el primer tiro fue el mortal y después, de la pura cólera, le descargó la pistola.

"A mí qué me importa", pensó García y se dio vuelta. Se quedó donde estaba. El cañón de una ametralladora lo estaba apuntando a diez centímetros de distancia, que se hacían cincuenta hasta llegar al chaparrito moreno y espinudo que la empuñaba y que parecía dispuesto a comenzar a disparar de un momento a otro.

2

Detrás del que lo apuntaba había otros tres, de igual calaña. Se habían bajado del *Bronco*, que esta vez tenía placas. Eso significaba que andaban en servicio regular, pensó García.

—Teniente Carlos García —se identificó en alta voz, por aquello de que antes de que me digan, digo. Hubo un momento de desconfianza en los ojos del judicial, pero duró poco: Carlos García era un militar, y, lo que es más importante, lo parecía. Era alto y bien plantado, con treinta y cinco años bien vividos en los cuarteles, lo que a la reciedumbre natural añadía un vigor proveniente de marchas forzadas, castigos, pasteadas, plantones y; sobre todo, las buenas comidas que en su casa se las hubiera soñado. Moreno cobrizo, con el pelo negro lacio encepillado y muy corto, se parecía algo al Tecún Umán del parque, si no fuera por lo cachetón y por la panza que las abundantes cervezas le habían regalado. Aun vestido de civil, como ahora, por los modales bruscos y el vozarrón del que está acostumbrado mucho a mandar y poco a obedecer, no podía ser más que un militar.

—¿Qué pasó, vos? —se acercaron diciendo, con tono lamido, los otros orejas. Eran iguales: ostentosos, la panza les desbordaba el cincho y les abría

las camisas cuadriculadas, entre botón y botón. Nalgones, bigotudos y chichudos, apoyaban las ametralladoras en los bofes que les rebalsaban sobre los duros huesos de mestizo.

—Aquí mi teniente que se encontró una prenda —dijo el primero, apartando pero no mucho el cañón del arma. Señaló el cadáver que comenzaba a cocinarse con el fuerte sol. Algunas moscas le revoloteaban alrededor. —¿Y ya estaba así, mi teniente?

—No —respondió el teniente García—. Lo encontré de culumbrón. Se lo han de haber quebrado hace poco, ¿qué dice usted?

Ahora todos estaban en círculo alrededor del muerto, que parecía uno de esos que se meten al mar, nadan como locos, se dejan revolcar por las olas y después salen a la playa a caer exhaustos en la arena.

—Si pué... —comentó el otro.

—Y nosotros no fuimos, ¿verdad? —dijo el primero.

—Ah, chis...

—Bueno, ése es su problema. Yo tengo que irme al cuartel así que los dejo... —exclamó García.

El que había encontrado de primero le dijo con voz labiosa: —Espérese mi teniente... no es por nada ni se vaya a incomodar pero no me enseñó sus documentos...

Un relámpago de ira le pasó a García por la cabeza. ¿De cuando acá un pinche oreja le iba a pedir identificarse? Por otro lado, ni se lo pedía de mal modo y tenía razón...

—Es para no cargar con el muerto... —chanceó el oreja.

Nada le costó a García sacar su carnet y hacerle una cara que daba miedo. El otro se asustó.

—Disculpe, pero es que ahora no se sabe... y, además, son las órdenes...

El teniente Carlos García se guardó despacio su carnet. Tenía una extraña inquietud, sobrepuesta a la cólera. No pudo reprimir la bravuconada:

—Mire, por si no le basta —le dijo al judicial, mientras se corría el borde de la chumpa y dejaba ver la cacha de la 45 —aquí les tengo también la otra identificación.

Los otros celebraron a la fuerza, con media boca.

El teniente regresó a su carro y lo puso en marcha. Había perdido quince minutos. El tráfico era todavía intenso y muy rápido, porque lo componían todos los que, como él, iban retrasados. Menos mal que tenía un carro grande. Con la manejada se distrajo del muerto, pero no así de la sensación extraña que lo molestaba.

Atravesó la zona 1 sin mayor dificultad y entró al cuartel echando chispas. Sólo cuando parqueó, bajo un árbol, y le echaba llave al carro, se dio cuenta de por qué estaba inquieto.

—¡Si yo a ese pisado lo conozco! —exclamó, recordándose del muerto.

3

Cruzó el patio sombreado por los muchos árboles y medio saludó a los cuques que se cuadraban a su paso. Le obsesionaba la idea de haber conocido al muerto. ¿Pero, dónde? Si hubiera sido del Rodolfo Gálvez o de la Academia Militar, se hubiera acordado enseguida. No le quedaba más que repasar el número infinito de cantinas en donde había chupado, peleado y blasfemado. Pero no se lograba acordar.

Dejó atrás el saludo del especialista que fungía como secretario de recepción, enmarañado entre cables telefónicos, y cruzó rápido hacia el corredor, al que daban varias oficinas. Entró a la suya, que era la última.

El extranjero ya estaba allí, preciso y puntual, como siempre. "*Mornin*" musitó, sin levantar la cara de los papeles que estudiaba: "Buenos días", le contestó García. No creyó necesario justificarse por llegar tarde. Simplemente, se sentó delante del teclado del computador. Por curiosidad, consultó cuántos muertos se habían encontrado ese día. El número era siniestro. Trece. Pulsó otra tecla, para ver si habían reportado el de Montserrat. *No estaba.* Tal vez era demasiado pronto. "Mañana van a ser catorce", pensó. Y pensó también que mañana sabría el nombre de ese muerto al que recordaba de cara.

Se puso a trabajar y todo se le olvidó. Tenía un rimero de fotocopias a su lado. Las consultaba, pasaba los datos a la memoria del ordenador y luego metía las hojas en un fólder, a su izquierda. El extranjero hacía lo mismo, sin bulla y rápido. La idea sobre la que estaban trabajando era de él. Para localizar las casas clandestinas de la guerrilla, registraban en el computador los consumos de agua y luz. Según el modelo elaborado, saldría un mapa de los sitios en donde gastaban más electricidad. Descartando industrias, almacenes e imprentas, se llegaría al lugar en donde se imprimían volantines y comunicados. Simple, sólo que nadie lo había pensado.

A media mañana, García sintió algo de flato. También sueño. Era la hora de ir a tomar café. Terminó de teclear y se volteó a su compañero:

—*¿A little cup of coffee*, vos? —le propuso.

—Hum —asintió el otro sin dejar de trabajar. Pulsó con rapidez una hilera de números, echó la silla para atrás y se levantó de un salto. Luego se estiró, bostezando ruidosamente. Era rubio, zarco y nervudo. Era también feo, marca de fábrica de todos los asesores. Tenía cara de malo, con la boca fina y los dientes parejos, las orejas puntiagudas y los ojitos pequeños y claros que perforaban como los del diablo. Cuando chupaba, se ponía colorado y los ojillos le comenzaban a titilar, pero nadie lo vio jamás perder el control.

Estaba en lo mejor de la taza de café con champurrada, contándoles a los otros su historia de esa mañana, cuando el telefonista lo interrumpió:

—¡Teniente García, teléfono!

Los demás protestaron por la interrupción. García rompió el grupo y se acercó al teléfono.

—¿Aló?

—¿Chali? —no reconoció al que lo llamaba.

—Sí, soy yo...

—Soy Filiberto, ¿qué tal vos?

—Muy bien, gracias —reconoció a su concuño, que jamás lo llamaba. —Y vos, ¿qué es ese milagro?

—Pues nosotros por ahí pasándola —dijo Filiberto.

"Y éste, ¿qué se traerá?", pensó el Teniente. Durante un segundo, antes de que el otro rehilara la conversación, pudo percibir el ruido que hacían los que estaban tomando café.

—Fijáte que me gustaría platicar de una cosa con vos...

Suspenso. Filiberto hizo una pausa. Luego siguió:

—Es algo muy tardado de platicar por teléfono. ¿Qué decís si nos juntamos en un café?

"Ni que fuéramos novios", pensó el Teniente.

—Cómo no, vos, con mucho gusto —le respondió. —Nomás decime dónde.

—En el "American Donuts" de la Plaza Morazán... como a las dos de la tarde, ¿te parece?

—Sí —le contestó García—. Pero acordáte que a las tres me toca entrar a la farsa...

Colgó. Los otros lo esperaban para que terminara la historia del muerto de culumbrón. Los asesores hacían mala cara, porque ya era hora de regresar al chance.

4

A las dos de la tarde, el sol cae tan limpiamente y con tal fuerza que casi no deja ver: todo brilla, todo refleja, todo es blanco y la blancura se mete por los ojos al cerebro y dan ganas de meterse a un cuarto oscuro y fresco y sumergirse en un sueño ligero y reposado. El teniente García entró al parqueo del centro comercial Morazán. Relumbraban el asfalto y el cemento.

En el camino había tratado de imaginar qué quería Filiberto. Tal vez estaba metido en un lío. Una ilusión le había alumbrado el cerebro: a lo mejor Filiberto sabía que necesitaba dinero para enganchar una casa. "Total, tienen tanto pisto estos babosos", pensó. Mientras bajaba del norte al sur de la ciudad, se fue construyendo una fantasía: se imaginó a sí mismo escogiendo a los albañiles, poniendo los cimientos, distribuyendo los cuartos.

Bajó del carro y entró al café. Quedó encandilado. No lograba distinguir nada. Se quedó planta-

do un momento, en la puerta, mientras los objetos iban apareciendo a su vista.

Desde una mesa, una mano se movió, saludándolo. Era Filiberto: no podía ser otro con el pelo parado, el color moreno y el aspecto rechoncho y fornido. Se acercó.

—¿Qué tal vos?

—Sudando, mano —le contestó, mientras se secaba la frente con el pañuelo.

—¿Hay calorcito, verdá? —comentó Filiberto.

—Y vos, ¿qué te contás?

—Por ahí, pasándola.

Era la segunda vez en el día que Filiberto le hacía la ceremonia de los saludos.

—¿Pasándola bien o pasándola mal? —se rió el Teniente.

—Bien, bien, por la gracia de Dios...

"Y de las montañas de dinero que tenés", agregó García con el pensamiento. Y ya que estaba, arremetió para llegar al punto sin más babosadas.

—Pues yo siempre jodido con la plata —dejó caer la cosa.

—Pero eso se arregla, todo lo material se arregla —dijo Filiberto, mientras una extraña angustia le pasaba por los ojos. García pensó que había llegado el momento en que su concuño le ofrecería la marmaja. Se preparó para aceptar con dignidad, sin parecer limosnero, sin dar a entender la necesidad que tenía. No es de eso que te quería hablar —le dijo Filiberto—. Vos sabés bien que yo soy de la Iglesia del Santo Pastor. He visto que sos un hombre inteligente, intachable. Hablando con el Hermano Juan, pastor de esa iglesia, hemos llegado a la convicción de que deberías aceptar al Señor en tu corazón...

Al Teniente García se le puso la mente en blanco. La pausa que Filiberto había hecho no le sirvió

para recapacitar y tampoco para cambiar la expresión de asombro en la cara.

—¿Yo? —exclamó García, que no podía salir de su azoramiento.

—Sí, vos. Un portador del mensaje dentro del mundo, como yo, como todos los hermanos. Podés entrar dando un pequeño porcentaje de tu sueldo...

Cuando el teniente Carlos García se montó en su carro, a las tres menos cuarto de la tarde, todavía bajo el sol inclemente que lo hizo sentirse como Tío Coyote, no pudo menos que reírse amargamente de sí mismo. Insultó a su concuño con el pensamiento: "Se necesita estar loco y de huevón, para hacerle perder el tiempo a la gente con semejantes babosadas." Pensó en las risotadas que su mujer daría cuando se lo contara. Y, sin embargo, se quedó con la impresión de que Filiberto Sobalvarro le quería hablar de otra cosa y no se había animado. A lo mejor tenía una amante y no hallaba con quien confiarse.

5

Eran las cinco cuando el teniente García estaba regresando a su casa. Sin apagar el motor, se bajó, abrió la puerta de metal, sintió que el calor todavía no había cesado y se montó en el carro. Despacio, lo metió al jardincito. Luego, regresó a cerrar la verja.

Abrió la puerta y gritó:

—¡Ya vine!

Su mujer salió de la cocina, secándose las manos con el delantal.

—¿Qué tal, mijo? —preguntó, mientras le daba un beso.

—Bien.

Se sentó en el sillón de la sala. Sintió que el plástico que protegía los cojines se le pegaba en la espalda.

—Oí en el radio que hubo un atentado —dijo su mujer—. Menos mal que no fue en tu cuartel.

—¿Ah, sí? —observó García—. ¿Y dónde dijeron que fue?

—En la Guardia Nacional, dijeron... ¿querés café?

Mientras refaccionaba, le contó a su mujer los sucesos del dia. A ella, más que el muerto de Montserrat, le interesó la entrevista con su concuño. Se tuvo que ir a recostar en el sofá, atacada de la risa. "Sólo a vos se te puede ocurrir", le dijo, "que semejante agarrado te ofreciera pisto". Luego, le anunció:

—Después de cenar viene a vernos Tono, mi hermano.

García se tomó una aspirina. Sentía como que si el sol de la tarde se le hubiera metido en el cerebro y que desde allí le resplandeciera dolorosamente. Se fue a acostar, mientras su mujer comenzaba a freír la cebolla para los frijoles. El olor le dio náusea. Se tapó los pies con una colcha y la cara con una almohada. Comenzó a soñar. Lo despertó el olor de la fritura. Se volvió a dormir.

6

Soñaba siempre. Aun durante la siesta más pequeña, la señal de que se estaba durmiendo se la daban las imágenes convincentes de algún sueño absur-

do. Esta vez se vio con la metralleta en la mano, disparando sobre el Comandante del cuartel. La explosión de una granada, a sus pies, lo destrozó en el sueño y lo despertó, por fin.

Se quedó recostado un rato. La oscuridad le dio una sensación extraña. Había ido a la cama que era todavía de día y ahora la única luz era la del foco de la cocina. Su mujer cantaba algo, mientras cocinaba. Oyó el hervor de los plátanos que se sumergían en el aceite. Durante un segundo se volvió a dormir, y se vio a sí mismo delante del sartén en donde los plátanos pasaban de amarillos a dorados, destilando la miel que burbujeaba en el aceite. Despertó al instante. Sintió el olor dulzón. Un sabor de hambre le hizo agua la boca.

Lentamente, se estiró. Sintió el cuerpo reposado, casi dormido. Mientras estaba así, apenas despertado, con la memoria del día todavía ausente, cerraba los ojos y se abandonaba. Entonces, poco a poco, los recuerdos de lo que había pasado le comenzaban a llegar. El trabajo en el cuartel, la conversación con Filiberto, el hallazgo del cadáver.

La silueta de su mujer apareció en la puerta.

—¿Ya despertaste?

—Ya...

Se estaba poniendo vieja. El cuerpo se le estaba engrosando. No es que hubiera engordado. Era algo diferente. Era como si se hubiera asentado, como si el cuerpo, con la edad, se aferrara pesadamente sobre la tierra.

—¿Sirvo?

El olor de los platanitos, como de miel quemada, flotaba en el ambiente. Imaginó el plato lleno de esa especie de pescaditos suaves y dorados, dulces y dormidos. Eran como lenguas de ámbar. Al lado, el plato hondo con los frijoles negros que,

puestos primero a cocer, chillaban como desesperados cuando se les freía en la salsa de chirmol con culantro.

Se levantó despacio. Estaba en playera. Se calzó las pantuflas y sintió la existencia de sus rodillas cuando se puso de pie. Tenía los ojos secos. Pasó delante de su mujer y entró al baño.

—Sí, serví —le dijo, mientras pasaba. Ella, sin entusiasmo, caminó hacia la cocina. Él cerró la puerta del baño y, mientras orinaba, contempló largamente el cielo nocturno, en donde se veía, por el tragaluz, un par de estrellas.

7

Estaban terminando de comer cuando sonó el timbre.

—¿Quién será? —dijo su mujer mientras empujaba la silla.

—Tu hermano —le contestó García.

Ella caminó hacia la puerta, diciendo cosas entre dientes.

Entre el comedor y la puerta había una salita danesa, separada de aquél sólo por una librera, en cuyo tope se moría una planta.

Tono, su cuñado, entró caminando despacio, como siempre. Mientras lo veía entrar, el teniente García sintió el retorno de la lancita que se le había metido en la cabeza. Pensó que debía tomarse otra aspirina porque si no, al cabo de dos horas iba a tener la sensación de que le iba a estallar.

—Siéntese —le dijo—. ¿No se le ofrece nada?

—No, gracias —mintió el otro, meneando la cabezota de estudiante de derecho—. Ya comí en la casa.

—¿Qué tal por allá, vos? —le preguntó la mujer.

—Igual que siempre...

El teniente García terminó sus plátanos fritos. Su mujer le sirvió el café y le puso enfrente un canastillo con tres panes de a cinco, panzudos y enharinados. García insistió:

—¿Una tacita de café?

— Un cafecito tal vez sí —concedió el cuñado. Detrás de los lentes gruesos, los ojos abstraídos mostraban cierta preocupación. García agarró un pan de a cinco y lo abrió en dos, sobre la taza de café. Un par de migas se desprendieron y naufragaron inmediatamente en el líquido oscuro, mientras el interior del pan dejaba ver la miga mórbida y amarilla que más parecía una almohada, o un delicado y oloroso tejido, o algo que en cierto modo evocaba el descanso, que un alimento.

Mojó un extremo del pan y se lo llevó rápido a la boca. Se avergonzó. El otro había seguido sus movimientos con golosidad. Casi obedeció a una orden cuando le dijo:

—Agarre un panito usted también.

Cuando terminaron el café, pasaron a la sala. Su mujer se fue para la cocina a lavar los platos. García puso un disco y le preguntó a su cuñado:

—Y dígame, ¿en qué puedo servirlo?

—Pues se trata de una cuestión muy rara, usted. Yo diría que algo serio.

"Ahora viene y me pide una contribución para la Huelga de Estudiantes", imaginó García.

8

No le pidió dinero. Al contrario, le contó una historia que le hizo crecer desmesuradamente el do-

lor de cabeza, porque al fin de las cansadas se le olvidó tomar la otra aspirina.

"Todo comenzó hace unos quince días", inició su relato el cuñado. "Estaba yo en mi cuarto estudiando, cuando oí que tocaban el timbre. Dejé que fuera a abrir la sirvienta y al ratito ella me llamó alarmada: es un oficial del juzgado, don Tono, me dijo. Yo me levanté, fastidiado sobre todo porque el hecho me quitaba la concentración sobre la interpretación de unos artículos del código penal. Salí a la puerta y, en efecto, un notificador tenía una hoja de papel en la mano. '¿El señor Ramón José Gómez?' me preguntó. Yo, primero, me sonreí. 'No, usted se equivoca', le rebatí. Entonces el notificador me preguntó si no era esa la dirección que tenía apuntada. Era exacta.

"—Entonces es aquí —dijo, necio.

"—Aquí es, pero el nombre está equivocado: debe ser Antonio Gómez.

"—¿Y quién es?

"—Soy yo.

"El hombre volvió a revisar sus papeles.

"—No, mi estimado. No es usté. Yo busco a Ramón José Gómez, domiciliado en esta dirección.

"—¿Y para qué lo quiere? —le pregunté.

"—Para entregarle esta notificación...

"—¿Y se puede saber de qué es?

"—Creo que está acusado de estafa...

"Rápidamente, hice cuentas. No podía ser.

"—No puede ser... —le dije.

"—Cómo que no... mire —y me mostró los papeles. Era verdad, Ramón José Gómez estaba acusado, allí, de estafa. No obstante, le insistí:

"—No puede ser...

"—¿Cómo que no puede ser?

"—No puede ser porque mi hermano Ramón Gómez está muerto desde hace dos años...

9

"Como es natural, el notificador se fue de espaldas.

"—Ah, puchis. Eso sí que no puede ser...

"—Ya se lo dije...

"—No, es que la estafa la hicieron hace seis meses, usté...

"Despaché al notificador, no sin antes hacerme dar las señas del abogado que tenía en sus manos el asunto. Me presenté como un colega. *In fieri* pero siempre colega, verdad. Esto facilitó las cosas y me hizo la cita inmediatamente.

"Una vez en su estudio, el abogado me expuso el caso. Seis meses atrás, tres personas le habían vendido un terreno en San Martín su cliente. El cliente parece que es mero baboso, porque se dejó embaucar con todas las de la ley: los tres tipos le mostraron planos, certificaciones y escrituras y con otros documentos falsos cerraron el negocio. Así que cuando el señor fue a tratar de encontrar su terreno, se halló a mitad de la carretera, tanteando en el aire como ciego. El abogado me mostró todos los documentos, y en todos aparecía la firma de mi hermano. La exacta firma de mi hermano, como yo la conocía. Entonces le expliqué al licenciado que no era posible el asunto porque mi hermano se murió hace dos años.

"El licenciado se asustó mucho, porque él ya había hablado con los estafadores, uno de los cuales se hacía llamar, presentaba documentos y firmaba como mi hermano. Se imagina usted cuál no sería mi indignación. Afortunadamente, el abogado había sacado, de escondidas, copias de los documentos de los tres tipos, en cuenta las fotos. Así que me enseñó la foto del impostor. Y allí fue mi segunda sorpresa.

Reconocí, en la foto, a uno de los amigos íntimos de aquél, un tal Marcos Barnoya, con el que parrandeaba en los últimos tiempos. A mí nunca me había gustado, porque era mero lambiscón. Pero nunca pasó de allí. En cambio, ahora que lo vi suplantando a mi hermano, me puse como la gran flauta y le pedí al abogado que nos pusiéramos de acuerdo para clavar al cliente ése. Para no molestar a la demás familia, para no estar hurgando en la herida, le pedí que se comunicara sólo conmigo y así lo ha hecho. Parece que dentro de poco emiten la orden de captura. Yo, pues, con eso, me callé la boca , si no es por una cosa que me ha dado en qué pensar y es lo que me trae aquí con ustedes".

El relato se interrumpió por el regreso de la mujer. Se secaba las manos con el delantal.

—¿Y qué pasó, vos? —le preguntó a su hermano.

Para sorpresa de García, Tono no tuvo empacho, ahora, en repetir la historia. Cuando llegó al punto en que se conocía el nombre del impostor, la mujer exclamó:

—¿Marcos?

—Marcos Barnoya, fijáte vos. El gran amigo de Ramón.

—¿Pero ése no fue uno de los testigos de su muerte?

—A ese punto estaba llegando cuando regresaste de la cocina. Cuando me recordé que Marcos había presenciado la muerte de Ramón, entonces la cosa me ha dado en qué pensar.

10

Ramón Gómez era el más simpático de los cuñados de García: alto, robusto, buen conversador. Y mejor bebedor, mujeriego y peleonero cuando se hacía necesario. Una vez, cuando García visitaba la casa en calidad de novio oficial, lo vio entrar con el pantalón roto.

—¿Idiay, vos? —le preguntó— ¿Te caíste?

—¡Qué! Me eché verga con unos pisados y me tiraron un navajazo —respondió—. Menos mal sólo me alcanzaron el pantalón.

Durante una larga temporada, se negó a trabajar. Los papás lo llamaban vagabundo, haragán, sin oficio cuando lo miraban levantarse a las diez, once de la mañana y listo a prepararse un buen desayuno compuesto de huevos estrellados con chirmol, frijolitos con queso de capas y pan con café. Luego desaparecía y regresaba tarde en la noche, si no se le ocurría llenar la casa de amigos tan desocupados como él, con los que se ponía a oír discos o a jugar cartas o a reparar bicicletas en el patio, cosa que lo apasionaba.

Un día encontró trabajo y se dedicó a la parranda sólo los fines de semana. Mientras tanto, el teniente García se casó con la hermana y estableció, con Ramón, una amistad hecha de complicidades y sobreentendidos. "Mire, cuñado", le había dicho una vez, "usted a mi hermana apriételle el cincho, porque es mera voluntariosa. No se deje mandar. Hay que domar a estas cabronas".

Un sábado por la noche, Ramón se fue a San Pedro, a la granja de un compañero de oficina. Hicieron un churrasco compuesto de escasa carne y dos galones de Bacardí comprados en el Comisariato, gracias a la tarjeta que García le había procurado. Parece ser que estuvieron bebiendo como desesperados. Llegó el momento de despedirse. Ramón y un amigo quedaron de juntarse en el Centro, para seguir tomando. Cada quien se montó en su carro.

El amigo contó después, a los familiares, que se retrasó unos minutos porque, borracho como estaba, creyó que había pinchado una llanta. Se bajó, comprobó que todo estaba en orden y enfiló por la carretera Kennedy. A la altura de los moteles que están delante de Villas del Pilar, vio que había ocurrido un accidente. Se paró. Al lado de la carretera, había un Rambler desportillado y humeante. Su conductor, Ramón Gómez, el alegre cuñado del teniente García, estaba muerto.

El amigo era Marcos Barnoya.

11

Tono continuó:

"Cuando supe que Marcos Barnoya suplantaba a mi hermano, entonces me acordé de algunos comentarios que otros amigos habían dejado caer, como al descuido, durante los funerales de Ramón. Eran cosas que, en medio de la pesadumbre, se oían confundidas entre pésames y condolencias. Ninguno le dio importancia. Pero en el mismo estudio del abogado resaltaron en mi mente y me propuse regresar de inmediato con los amigos que me habían comentado esas cosas.

"Fui a ver a Martín. Me recibió en su oficina, en la parte posterior de la inmensa distribuidora que puso en la zona 5. Es el único que no ha engordado, pero ya no tiene la misma cara que hace pocos años. Me vio llegar con simpatía, porque yo todavía soy estudiante y pobre, mientras él se ha convertido en un representante de la iniciativa privada.

"Martín sacó unos puros de la primera gaveta de su escritorio. Mientras me ofrecía la caja metálica abierta, que despedía un perfume seco y vegetal, el brillo de otro metal me llamó la atención. En el fondo de la gaveta reposaba una pistola. Le rechacé los puros y me burlé de su arma. Él me contestó que ya había hecho correr a un par de asaltantes con sólo mostrarles el cuete.

"—¿Y si vienen armados? —le pregunté.

"Una sombra le cruzó la cara.

"—Para eso tengo el seguro de vida —contestó—. Al menos dejo bien a mi mujer y a mis hijos.

"Después de ese preámbulo, le expliqué, sin darle muchos detalles, que me acosaba la duda de la muerte de Ramón. Su expresión se avivó.

"—Es que aquél andaba con malas juntas...

"—Marcos Barnoya... —dije.

"—Ese cobarde —prorrumpió Martín—. Todavía me pregunto qué le encontraba Ramón a ese tipo.

"Comprendí que para Martín nuestro hermano significaba la época más alegre de su juventud. La cara se le transformaba hablando de Ramón. Es posible, también, que para todo el grupo la muerte de mi hermano haya significado una especie de abismo, una fosa detrás de la cual se quedaban los veinte años, que los había colocado de repente frente a la madurez o a algún fatigado equivalente.

"—Pues fijáte vos que cuando murió Ramón —siguió Martín— todos los amigos nos quedamos de una pieza al saber que el único testigo del accidente había sido el tal Marcos Barnoya. Porque el problema es que Marcos no se quedó allí. Vio el carro destrozado, reconoció a tu hermano y se largó. Luego dijo que había sido porque estaba borracho, y, en el pánico, se fue.

"Yo no sabía ese detalle. Siempre había creído que Marcos se había quedado acompañando al cadáver.

"—Pues no. Fijáte vos que no —insistió Martín—. Y, decíme vos, ¿qué hace un amigo en un caso de ésos?

"—Se queda —le respondí.

"—En cambio, ese cabrón se fue huyendo.

"Había un fuerte rencor en las palabras de Martín. Percibí un brillo de ira y resentimiento en sus ojos verdes, un gesto amargo en las dos líneas de su boca. Más allá del recuerdo, cerca en el tiempo, vio hacia la ventana que estaba a mis espaldas mientras repetía:

"—Ese cobarde.

12

"Le pregunté el porqué de tanto encono. Martín, entonces, me confesó que siempre le había parecido rara la forma en que murió Ramón. Al principio, había atribuido su actitud a la desesperada negación de la muerte. Después, a la antipatía que siempre le había causado Marcos Barnoya. Pero más pasaba el tiempo y más vueltas le daba al asunto, una extraña inquietud, una especie de presentimiento enrevesado le venía al pensar en la madrugada neblinosa en que el Rambler fue encontrado en la cuneta de la carretera Kennedy.

"Platicamos del más y del menos. Para mí, lo importante ya había pasado. No le conté nada del asunto judicial, un poco por decoro y otro poco para no atizar un odio que me pareció suficiente.

"Ese mismo día fui a buscar a Luis Delgado, aunque creí que Martín me había dado todas las informaciones que necesitaba. Eso creía yo. En cambio, las revelaciones de Luis fueron abundantes.

"Tuve que atravesar la ciudad para encontrar su oficina. También él había cambiado y también él tenía una actitud paternal. A veces, estos mis amigos me dan la impresión de que ellos hubieran querido seguir en mi condición, que yo detesto, de estudiante.

"Luis era el gerente de una fábrica de cerveza. Se había graduado de administrador de empresas con la facilidad del que se fuma un cigarro. Siempre había sido así, desde que éramos condiscípulos.

"—¿Qué tal, vos? —lo saludé. Aquel sonrió forzadamente, como si mi familiaridad lo redujese al pasado.

"—Lleno de trabajo —me respondió, y, como si lo hubiera preparado, comenzó a sonar el teléfono.

"—Te voy a molestar poco tiempo —puse las manos por delante.

"—No, no, cómo va a ser eso —mintió, cortés e hipócrita.

"—De todos modos, es poco tiempo.

"Le expuse con claridad pero sin abundancia de detalles toda la historia anterior, incluso mi entrevista de hacía poco con Martín.

"Luis se recostó en el desmesurado sillón de cuero. Se recostó para dar la impresión de que reflexionaba. Debía de ser la misma actitud que tenía cuando un vendedor le hacía una propuesta. Apoyó los codos en los descansos, unió las puntas de los dedos delante de los ojos y me preguntó:

"—¿Así que vos no sabés que Barnoya era socio de Frankie Herrera?

"Me sentí profundamente ignorante de las cosas importantes que sucedían en el país. Yo podía recitar de memoria la mayoría de los artículos de

la constitución y hasta disertar sobre sus interpretaciones, pero no sabía nada de Frankie Herrera.

"—Era uno de los abogados más tramposos del país. Si él tenía un caso, seguramente se trataba de una movida no sólo baja sino peligrosa. Juego clandestino, droga, prostitución, todo eso. Con decirte que era el abogado de los mafiosos en el exilio. Pues Marcos Barnoya, que siempre fue un poco güizache, sin ofender, se hizo socio de Herrera. Una especie de secretario. Hace un par de años, hubo una reunión de Herrera con otros abogados de su calaña. Discutieron y terminaron balaceándose. El rival de Herrera le descargó una escuadra allí mismo y, herido, se montó en su carro para salir huyendo. A las pocas cuadras se fue a hacer mierda contra un poste y se mató. ¿Adiviná quién iba en el carro de atrás y fue el único testigo del accidente?

"—Marcos Barnoya —dije, como una conclusión que caía de su peso.

13

Tono se había ido agitando a medida que hablaba y ahora tenía el rostro ruborizado y, en las manos, un poco de temblor. Continuó:

"Hace pocos días llegó a la casa Mario Fernández, aquél señor que fue el amante de la joven Aurora. Bueno, pues, en la larga sobremesa que hubo, Mario dejó ver que había un testigo de la muerte de Ramón. Yo no dije nada, pero me propuse ir a visitarlo a su trabajo.

"Es una vieja tipografía en Villas del Pilar. Allí lo fui a buscar y Mario, sin reticencias, como que

si hubiera estado esperando esa visita para desahogarse, me dijo que él había presenciado el accidente.

"Aquella noche, tenían un trabajo urgente que hacer. Por eso se quedó trasnochando. Como a las dos de la mañana, un estruendo lo sacó del sopor con que se estaba quedando dormido frente a unas pruebas de imprenta. Salió corriendo a la calle, por novelería. Llegó junto al carro al mismo tiempo que un muchacho, el cual bajó de un automóvil que venía atrás. Al muchacho lo vio después en los funerales y por la descripción parece ser Marcos Barnoya.

"Se dio cuenta de que Ramón había muerto y se fue chispado hacia el centro de la ciudad. Mario me comentó que le había llamado la atención que el hombre no se quedara acompañando al que evidentemente era su amigo. Fue Mario quien llamó a los bomberos. Se regresó corriendo a la tipografía y usó el teléfono de allí. Como era natural, los del motel de enfrente no se quisieron comprometer ni con una llamada.

"Los bomberos llegaron en dos minutos, se bajaron, bolsearon a Ramón y en menos de lo que canta un gallo desaparecieron dinero y documentos. Casi inmediatamente después de los Bomberos Voluntarios llegaron los del Servicio Público. Discutieron un momento sobre quién tenía más derecho a recoger al accidentado. Cuando se dieron cuenta de que habían bolseado a Ramón, se fueron, no sin que uno de sus miembros, que también trabajaba para un periódico amarillista, le sacara unas fotos."

Tono se detuvo un momento. Luego añadió:

"Algunos días después, como si el ultraje de la muerte fuera poco, nos encontramos en las calles de la ciudad, en cada puesto de periódicos, con la

evidencia de la muerte de Ramón repetida en las terribles fotos de la portada. Nos dieron ganas de cerrar los ojos para siempre.

"Mario Fernández me dijo que le había parecido algo rara la muerte de mi hermano y que siempre nos lo quiso decir. Cuando nos despedíamos, me dijo:

"—Trate de averiguar más, no deje las cosas de ese tamaño."

14

Había pasado una hora desde que Tono inició su relato. Los ruidos de la calle se hacían más intervalados, y esa falta de sucesión continua los hacía parecer menos fuertes. Incluso la camioneta, cuya parada estaba frente a la casa, y que generalmente acompañaba la frenada con todo tipo de estridencias, ahora parecía depositar con cuidado su carga de pasajeros sobre la acera. Alguna motocicleta rompía la noche con el fragoroso zumbido del motor abierto. Si no, el aire traía, a veces fuerte, a veces menos, el sonido de un televisor. Se podía imaginar el tendido luminoso de la ciudad, a lo lejos.

"—A ese punto", siguió Tono, "yo no sabía qué hacer. Me había echado al camino dejándome llevar, sin hacer la reflexión de lo que estaba haciendo. Tal vez esperaba que nadie confirmara mis sospechas. En cambio, había subido una especie de escalera, y a cada peldaño veía cosas nuevas. Fue entonces que decidí venir a verlos para contarles toda la historia, a ver si me pueden ayudar.

15

El teniente García sintió que le iba a estallar la cabeza. Como si le hubieran amarrado la nuca, y de allí, lo jalaran unos hilitos que tuviera enganchados en la frente. Advirtió una inmensa necesidad de cerrar los párpados y acostarse. Vio que su mujer tenía los ojos llenos de agua. Tono, su cuñado, hacía el gesto de pasarse la mano por la cabeza y a resultas de eso estaba todo despeinado. García se dio cuenta de que los hermanos esperaban su respuesta como si eso les devolviera la tranquilidad o el deseo de venganza.

—Hace bien —comentó, dirigiéndose a Tono. —Hace bien. Como puede no ser nada, puede que sea una cosa seria. Déjeme a mí. Yo lo voy a averiguar.

—Mire, gracias —respondió aquél. —Le confieso que ya no sabía qué hacer...

—Ni modo.

—Sí, ¿verdad?

—Sí, pues.

Se había hecho tarde. García sólo deseaba acostarse y sintió un gran alivio cuando la puerta se cerró, se oyó el estartazo del motor y un golpe de luz les indicó que Tono había pasado, en su carro, frente a la casa.

—¿Qué decís, mijo? —le preguntó su mujer cuando se quedaron solos.

—Mirá, ahora vamos a acostarnos, ¿querés? Ái mañana platicamos.

Cuando apagaron la luz, la cabeza de la mujer fue a colocarse bajo el hombro de García.

—Esperáte —le dijo. Y le metió el brazo debajo de la nuca. Ella se acomodó, en la oscuridad que se iba matizando de penumbras a medida que los ojos

se acostumbraban. García creyó que se iba a dormir inmediatamente. Se equivocaba. Cada pálpito le punzaba las sienes, y ahora sentía una placa helada de acero que le atornillaba los ojos, atrás de las orejas, dentro de la nariz.

16

Tiempo más tarde, García probó a cambiar de posición. Aún estaba despierto. Se desembarazó de su mujer que, dócilmente, sin despertar, se acurrucó del otro lado de la cama, y se encogió en la parte del colchón que le tocaba. De repente, García se encontró jugando fútbol en los campos de los salesianos. El gordo Juanito era el portero y estaba vestido de pashama. García Aguirre, que siempre jugó de interior izquierdo, le hizo un pase. Vio venir la bola lentamente. La quiso alcanzar. Sintió que tenía dos costales de harina en lugar de piernas. La bola se detenía a unos dos metros. "¡Chalie, Chalie!", le gritaban, desesperados, los del equipo. Quiso moverse mientras veía venir, a toda carrera, al portero. Hizo un esfuerzo enorme. Le dolió más la cabeza. Juanito se le abalanzaba y la bola seguía allí, casi al alcance. "¡Movéte, vos, pisado!", le gritó Álvarez, desde atrás. Pero como las piernas no daban de sí, le lanzó una manotada al gordo.

"¿Qué estás soñando?", le preguntó su mujer.

El corazón le palpitaba en el cerebro, lastimándole los sesos. Jadeaba en la oscuridad de su cuarto.

—¿Qué estás soñando?

—Estaba jugando —sintió el mal sabor en la boca.

—Me pegaste —le dijo la mujer.

—Me duele la cabeza —añadió García. —Me voy a tomar un Mejoral.

Fue a la cocina. Llenó un vaso con agua y dejó caer una Alka Seltzer. Al impacto con el agua, la pastilla dejó salir un ruido como de llanta desinflada. Luego buscó en la gaveta de las medicinas y sacó un Mejoral. Tenía la garganta cerrada y, cuando quiso tragar la pastilla, se le regresó. Una almendra amarguísima se le deshizo en la boca, como una tierrita de desconsuelo, y abundante saliva le brotó en los extremos del paladar, cerca de las últimas muelas. Tragó todo con disgusto. Se tomó otro vaso de agua para que le pasara el mal sabor y se regresó a la cama con la esperanza de que un sueño artificial le cancelara los dolores y los recuerdos.

Su mujer respiraba con pesadez. Sacaba el aire por la boca, con la decisión y la profundidad con que un fumador echa el humo en la primera bocanada. Apagó la luz.

A lo lejos, en la ciudad, una sirena se fue desenrollando. "¿Quién será el desgraciado?", pensó. Casi en seguida, oyó el desgranarse de unas ametralladoras. Otros respondían al fuego. Oyó un retumbo y reconoció el sonido de la granada de mano. Después, otra. Luego, el fuego cruzado de las ametralladoras. Dos, tres bombazos. Inmediatamente, el silencio. Pocos tiros aislados. "Se acabó la escaramuza", pensó.

Una punzada le atacó el ojo derecho. El gallo de los vecinos cantó a destiempo. Oyó, mucho más lejos, otro tiroteo. De nuevo, una sirena rasgó el aire. Se acordó de la época en que todos esos ruidos despertaban a su mujer y no la dejaban dormir. Ahora sólo la asustaban los temblores.

Y estaba por acordarse del terremoto cuando se encontró de nuevo en los campos de los sale-

sianos, corriendo hacia la portería con la bola entre los pies, casi sobre la línea de córner. Lanzó un cañonazo al centro y la bola se fue, se fue, se fue, se perdió con el aire y la conciencia. Estaba profundamente dormido.

CAPÍTULO II

Una mañana
martes (2º día)

1

Al día siguiente, cuando se levantó, el dolor de cabeza había desaparecido. El agua fría de la ducha le cayó como una pedrada en la coronilla. Bufó mientras el chorro le bañaba la espalda. Se le puso la carne de gallina.

Desayunó corriendo. Huevos revueltos, tortillas recalentadas, café con pan y de un salto al carro, otra vez tarde. Al pasar frente a Montserrat se acordó del muerto. Tuvo de nuevo la conciencia de que ya lo había visto en alguna parte. Al llegar a un semáforo, se estiró para sacar los anteojos oscuros de la guantera: el sol ya estaba pegando y no eran las ocho de la mañana. Así es el Valle de la Virgen. Amanece a las cinco y la niebla se levanta, sobre todo alrededor de los barrancos y hay un frío húmedo, intenso, que hace a la gente salir para el trabajo con un suéter que dos horas después se vuelve insoportable.

Atravesó el periférico a toda velocidad. Los carros lo rozaban dejando tras de sí el brochazo de la bocina. A veces se llevaban de corbata a alguno que quedaba como los ratones en las trampas metálicas, y los demás carros esquivaban al muerto más por asco que por humanidad.

Bajó, como en la montaña rusa, el desnivel que llevaba hasta el puente de Arredondo. No tuvo que cambiar velocidad en la curva que lo llevaba a la zona 2. Las llantas chillaron un poco cuando pasó bajo el puente. Aligeró la presión sobre el acelerador. "Ni modo que me voy a matar por el chance", pensó.

En el semáforo del Parque Montúfar comenzaba la cola de carros. Dos voceadores vendían los

periódicos. Le hizo señas a uno. El hombre pegó una carrerita, con el bulto de periódicos bajo el brazo.

—¿Prensa, República? —le preguntó.

—Dame la Prensa —le dijo, mientras, apoyado en el pedal del freno, se arqueaba para registrarse las bolsas en busca de los veinticinco centavos. Reconoció, al tacto, el tamaño de hostia de la moneda y la sacó con dificultad, mientras el semáforo daba verde y algunas bocinas, atrás, comenzaban a sonar impacientes. "Espérense", exclamó García en tanto que tiraba el periódico sobre el asiento derecho. Mientras comenzaba a avanzar, le echó una ojeada al título: ATAQUE SUBVERSIVO EN EL PORTAL. Debajo había fotos de cadáveres, como siempre. Ya no podía acordarse de cómo eran los periódicos antes de la guerra.

"Igual de pura mierda", pensó cuando entraba a la Calle Macedo, directo al cuartel.

2

Llegó puntual. Tiró el periódico en una esquina del escritorio y se puso frente al teclado de la computadora. Oyó la risita del asesor extranjero y se volteó, algo mosqueado.

—¿Qué pasó? —lo retó con altanería.

—Ya terminamos —le informó el otro—. Desde anoche las máquinas están elaborando el mapa de los puntos calientes de la ciudad.

Se fueron juntos al cuarto en donde el computador central vomitaba, en la impresora, una lista interminable de direcciones.

—Aquí estamos nosotros —le dijo el asesor.

García agarró la hoja y vio la dirección del cuartel. Otras direcciones se identificaban fácilmente. Sexta avenida y cuarta calle. El Palacio. El Centro Civil.

—Mira —le dijo el asesor, señalándole una dirección que, al lado, en lugar del nombre de una panadería o una industria, tenía una serie de interrogantes.

—Aquí, —le señaló —es donde desde anoche estamos investigando. Seguramente hay una imprenta clandestina o una casa de seguridad. Hoy cae más de alguna.

Se pasaron la mañana en ésas. Al lado de las máquinas, los otros oficiales, como mosquitos, tomaban apuntes, llamaban por teléfono, daban instrucciones, recibían instrucciones, fumaban con nerviosismo.

El asesor tenía la cara colorada del gusto, y de cuando en cuando los ojitos minúsculos le chispeaban de eficiencia.

Ese día no hubo pausa para el café. El especialista de los teléfonos estaba ocupadísimo pasando comunicaciones. A cada rato llamaban del Estado Mayor, que coordinaba las operaciones. Y a cada rato se oían las aspas de los helicópteros que pasaban sobre la ciudad, señalando a las patrullas por dónde tenían que ir.

En un descuido, García se salió del cuarto y fue a telefonear.

—¿Aló? —contestó su mujer y él se la imaginó con el trapeador en la mano y un pañuelo en la cabeza.

—Mirá chula —le dijo— hoy llego tarde.

—¿Venís a dormir?

—No sé. ¿Sabés qué? Procurá salir de compras temprano. Y después te metés en la casa, oíste. Y oí las noticias.

Su mujer seguramente pensó que había golpe.

—No me digás que...

—No es eso —le aclaró—. Ái te cuento.

—Cuidáte mijo.

—No tengás pena.

Y cortó. De regreso a la habitación central, en donde estaba la computadora, se acordó de una cosa. Fue a su oficina y prendió su aparato. Pulsó el teclado y apareció la lista de los muertos del día. Entonces pidió información del día anterior. Ahora sabría el nombre del que se había encontrado tirado. Sobre la pantalla aparecieron los mismo trece nombres de antes. "Algo debe estar fallando", pensó. Todos los nombres de los muertos debían aparecer. Revisó las informaciones. No había ninguno en la colonia Montserrat. "Aquí hay gato encerrado", se dijo.

3

Agarró el teléfono y marcó tres números. Después de un momento silencioso, oyó el meláncolico sonido de la llamada.

—¿Sí?

García dijo su código de identificación.

—Le paso a los colegas encargados.

"Colegas", pensó García, asombrado. "A éste le han de haber dado beca y regresó hablando raro".

—Aló —respondió uno de los colegas del oreja. Después de identificarse, García le dijo:

—Mire usté, en la lista 720 de ayer les falta un dato.

Le pasaron a un jefe y a otro y a otro. La cadena terminó con la voz melosa del Jefe de la Policía Judicial. Luego de nuevas identificaciones y de saber el problema, el hombre le dijo:

—¿Y qué pasó, mi teniente? ¿Era alguno que conocía? ¿Un su pariente?

—Usted dígame si están enterados o no —contestó tajante García, consciente de la superioridad innata de cualquier militar ante un pinche oreja.

—Usted sabe, teniente, que estas son cosas delicadas... —insinuó el otro.

—No le veo lo delicado, señor. En cambio, veo que ustedes se comieron un dato imprescindible —mintió.

Del otro lado del teléfono se oía el picoteado de una máquina de escribir. Después de un breve silencio, el judicial habló:

—Sabe qué, mi teniente: lo mejor sería que usted se diera una vuelta por aquí... ya sabe, cosas que no se pueden decir por teléfono.

—Si tengo tiempo, paso.

—Yo diría que le conviene pasar, mi teniente. Por mis informaciones, se trata de algo que le interesa muy de cerca.

—¿Cómo así? —se alarmó García.

El judicial tenía ahora la iniciativa.

—No se lo puedo decir por teléfono. Sólo le adelanto que le conviene pasar.

García no se quiso mostrar ansioso.

—Si me da tiempo, ya le dije...

—Es mejor que venga...

—Bueno —respondió. Mientras colgaba, sabía que iba a pasar por la Policía Judicial lo más pronto posible.

4

El asesor estaba delante de la impresora, siguiendo los resultados. Ya habían sorprendido a más de uno que tenía una panadería a escondidas y que sólo se había sacado una buena paliza. Otros eran simples ladrones de luz eléctrica, que habían conectado un par de alambres a un poste y se daban la gran vida sin pagar la cuenta de la empresa. También apaleados.

Un teléfono comenzó a llamar con insistencia. Era la línea directa con el Estado Mayor. El asesor contestó y habló con alguien, en inglés. Se puso colorado. Cuando colgó, los ojos le brillaban como linternitas de pila.

—Acaban de localizar una casa de la guerrilla —dijo—. Me lo informó el asesor que trabaja con el Estado Mayor.

García se quedó perplejo.

—¿Y ahora?

—Los vamos a hacer polvo —dijo el asesor—. ¿Quiere venir a ver?

5

Bajaron por la 12 Avenida, en un jeep artillado. Pasaban entre los baches, sin esquivarlos, probablemente porque al soldado que manejaba, nadie le había enseñado a hacerlo. Cada vez era un brinco que les resorteaba los riñones. El teniente García sintió que su panza, como un relleno de colchón, le amortiguaba los golpes. "Mucha cerveza", se reconvino.

Al pasar frente al Gimnasio Olímpico, rebasaron una fila interminable de camiones verde olivo. Pura película de la segunda guerra mundial. Los fusiles de las metralletas parecían alfileres clavados en la barriga de un costurero. No había tráfico. Se oía sólo el motor forzado del jeep y el batido intermitente de las aspas de los helicópteros.

"Están rodeados", le informó el asesor. Una venita en las sienes, azul como los ríos de los mapas, se le inflamaba. El teniente García se acordó del diablito que, con un tridente en la mano y la cola levantada, sonreía maliciosamente en las latas de Spam. Pensó que para el asesor daba lo mismo Guatemala o Salvador o Medio Oriente. Lo principal era echar riata.

—Tenemos tropas en la subida a la Universidad Católica y en los barrancos de la Americana.

Pasaron frente al Estadio del Ejército, al lado de la Guardia Nacional y los camiones de tropas no se terminaban. "Ni que fuéramos a invadir otro país", pensó García.

El soldado no bajó la velocidad en los túmulos que hay frente a la Guardia y pegaron un par de brincos que por poco se caen al asfalto.

—¡Andá con más cuidado, vos mula! —le gritó García. El otro ni volteó a ver. "Si, mi teniente", contestó, sin bajar la velocidad, mientras daban otro salto en el segundo túmulo. Del cuartel salía un tanque, haciendo un ruido como el que deben hacer los condenados cuando arrastran las cadenas del infierno.

El soldado esquivó al tanque, lo rebasó y se pasó en rojo el semáforo, cruzando con violencia hacia la izquierda. En los campitos de fútbol no había nadie. Una canasta de basketball se inclinaba, rota como una planta muerta.

—¡Bajá la velocidad, vos mierda! —ordenó García, previendo la cuesta de Bella Vista—. Sólo eso nos faltaba que nos hicieran un par de bajas antes de comenzar.

"Sí, mi teniente", dijo el chofer y metió tercera. El motor comprimió y la inercia hizo que los cuerpos se inclinaran como en una reverencia, mientras entraban zumbando en la bajada. La carretera, siempre llena de carros, ahora parecía una de ésas que atraviesan los desiertos. Sólo la fila verde de los camiones.

Al llegar al descanso anterior a la subida, el soldadito metió la cuarta. Dos helicópteros volaban en círculos, a la izquierda, sobre la Universidad Americana. García vio su reloj. Las diez de la mañana. Hora de clases. A ver si no había masacre de estudiantes.

En las rectas de Bella Vista, el chofer se dio gusto. García ya ni le dijo nada. Cruzaron frente a Correos y entraron en la carreterita que bordeaba los barrancos y que después se empinaba hasta alcanzar las primeras colinas. Una camionetilla de la televisión los rebasó. "Esto es importante", dijo el asesor. "Deben transmitir el espectáculo en directa".

García notó que el cielo era azul, sin tacha. A los lados del camino, la vegetación crecía con vigor, verde y orgullosa. El sol se extendía ya sobre el valle y su luz violenta estallaba en reflejos, sobre los vidrios, sobre los metales pulidos y resplandecientes de los vehículos, de las armas, de los cristales. Era un día, pensó el teniente Carlos García, como para irse al campo, con una canasta rebosante de comida, a pasear, a bañarse en un río y a dormir bajo un árbol.

6

En una curva cerrada que hay antes de la cuesta, dos jeeps, también artillados, cerraban el paso. Soldados vagaban por la maleza. Un subteniente, joven, recién egresado, se les acercó dando saltitos enérgicos. "Toda escoba nueva barre bien", pensó García.

Su calidad de miembros del ejército, pero, sobre todo, la autoridad del extranjero les abrieron el paso. Sin aviada, el jeep subió lentamente la cuesta en curva. Frente a la verja de la Universidad, un tanque se recostaba, apuntando su cañón descomunal hacia las casas de enfrente. El viento tibio de la mañana se hacía como frío, en ese pequeño ambiente. García y el asesor bajaron del jeep y se acercaron al tanque, en donde estaba el comandante del cuartel.

Había un silencio extraño. García creyó que iban a llegar a un infierno de balazos y en cambio parecía como si estuvieran en una simulación.

—Los tenemos copados —dijo el comandante. Por el horizonte, se fue acercando un helicóptero. Un ayudante hablaba, en código, por un radiotransmisor.

La camionetilla de la televisión apareció detrás del cancel metálico. Un camarógrafo sacaba la cabeza por el techo, como si fuera la imitación civil de un tanque, y desde allí, con la boca torcida por el esfuerzo, filmaba hacia el vacío. A su lado, el reportero hablaba con la misma entonación con que narraba los partidos de fútbol. → el espectáculo

Camarógrafo y reportero se bajaron del vehículo y corrieron, protegiéndose de las balas que no había, hacia el grupo de militares. Se plantaron enfrente.

—Hacéte un primer plano, vos —indicó el reportero, y, pidiendo con un gesto el asentimiento del general, comenzó: —Aquí, Canal Uno, el Canal de los Grandes Espectáculos y su Noticiero Qué Mundo, en donde se produce la noticia, transmitiendo en directa y a todo color, y teniendo delante de nuestras cámaras, por una cortesía del Banco Hipotecario y bajo el patrocinio de Cerveza Castel, la cerveza de todos los ganadores, al general Daniel Vargas, comandante de la base Coronel Casado, en el propio sitio de los acontecimientos...

El general comenzó a respirar con dificultad, mientras la papada le temblaba. Se acomodó los Ray-Ban mientras que con la otra mano aferraba la cacha de la escuadra que le brillaba en la cintura.

—Muy buenos días, mi general, aquí las cámaras y los micrófonos de Qué Mundo...

—¡Buenos días! —saludó marcialmente Vargas.

—¿Puede decirnos cómo está la situación?

En tanto, el camarógrafo trataba de encuadrar al grupo, caminando hacia atrás. García y el asesor caminaron con él, para evitar salir en la toma. Un soldado de los que estaban con el general, no sabiendo qué hacer ante la amenaza de la cámara, apuntó, por instinto, hacia el camarógrafo. García le hizo señas para que bajara el arma, pero el otro no entendía.

—Pues aquí estamos, mi amigo, poniendo la cara contra la subversión comunista y sus tentáculos internacionales...

—Dígame, mi general, ¿puede usted informar al teleauditorio acerca de los eventos que se están sucediendo?

—Afirmativo, mi amigo. Pues se trata aquí nada menos que de un reducto de facciosos y delincuentes subversivos, que amenazan la estabilidad de la democracia, mi estimado. La Institución Armada cumple con el patriótico deber de combatirlos hasta el final...

—¿Desde qué hora se encuentra en el lugar de los hechos?

—Pues desde anoche que detectamos el reducto lo tenemos bajo control.

—¿Y cómo es que hasta ahora lo están atacando, mi general?

—Cuestiones de seguridad.

El general había tomado confianza con el medio. Ahora intentaba aferrar el micrófono que el reportero se negaba a soltar.

—¿Y ya se han comunicado con los delincuentes subversivos, mi general?

—Afirmativo. Hemos establecido un contacto, pero los subversivos no aceptan negociaciones, por lo que les hemos dado un ultimátum que está por vencerse...

—¿Y qué condiciones les ofrecían ustedes a los delincuentes subversivos para que se rindieran?

—Ninguna, mi amigo. La rendición incondicional, ¡faltaría más!

—¿Es cierto que se encuentra un sacerdote católico entre los facciosos?

—Negativo. Pero aunque lo hubiera: si está allí, es que ha abandonado sus funciones. Los padres, a la Iglesia, mi amigo.

Al fin, el reportero sustrajo el micrófono de las manos del general. Volteándose, de modo que la cámara lo siguiera y dejara fuera de campo al comandante, gritó:

—En directo y a todo color, este es el Noticiero Qué Mundo, desde donde se produce la noticia, transmitiendo en vivo y a color, a través de Canal

Uno, el Canal de los Grandes Espectáculos, por una cortesía de Cerveza Castel, sabor ganador, del Banco Hipotecario y bajo el patrocinio de Alka Seltzer, con información de....! UUUULTIMA HORA!

7

Un soldado, que tenía el radiotransmisor en la mano, llamó al general. Éste dio la espalda al grupo y escuchó. El teniente García y su colega se acercaron para ver si oían algo. Un murmullo metálico tronaba en las orejas del hombre. Los de la televisión, por su parte, enfocaban la casa de seguridad.

Desde donde estaban, la construcción se podía ver bastante bien. Era un pequeño edificio de dos pisos, de esos que han costado una vida de trabajo a algún pequeño dirigente estatal. Estaba separado de las demás casas por lotes vacíos, llenos de grama y malezas.

La casa se protegía de los ladrones con una pared alta, cuya corona era una colección erizada de culos de botella. Detrás de la pared habría un seguro jardín y el único acceso era un portón de metal, con la anchura suficiente como para dejar pasar al carro del patrón. Las ventanas tenían un balcón de barrotes. Macetas con flores llenaban todos los espacios. Los muros eran de ladrillo visto. El resto era blanco para que la combinación con el tejado pareciera colonial. Ahora parecía una casa deshabitada. Por el aspecto García calculó que habría, adentro, unos diez revolucionarios. Vio que el asesor entrecerraba los ojos, como los miopes.

—Se te van a salir las pepitas —le dijo.

El otro ni se rio. Ni siquiera tuvo la educación de voltear a ver. "Estos extranjeros", pensó, ofendido, García. Los de la televisión hacían una pausa, mientras en el estudio pasaban los comerciales. Camarógrafo y reportero discutían entre sí.

El asesor se dignó a voltear a verlo.

—Veinte —dijo.

—¿Qué?

—Veinte. Adentro debe haber unos veinte.

—No, hombre. Yo digo diez, once...

Al oír hablar inglés, el reportero se acercó:

—¿Y el señor?

—El señor no existe —lo encaró García.

—Ah, bueno —se resignó el hombre.

—No, no, no, no, no —trató de asegurarse García—. Ahora usted me va a decir cómo se llama.

—Simón Bolívar.

—¡Ah, puta, si comienza con chistes, ya, pero ya, se va a sacar una buena vergueada!

García caminó, amenazante, hacia el reportero, que sacó sus documentos y se los tendió al teniente mientras daba un paso atrás:

—¡No, mi teniente, si yo me llamo así! ¡Vea, vea!

El teniente le arrebató los documentos y leyó que, en efecto, el hombrecito llevaba el nombre declarado.

—¿Ya vio, ya vio? —exclamó el reportero entre aliviado y angustiado.

—Pues buena cagada se dieron sus tatas en usted —le espetó García, devolviéndole los papeles.

—Sí, hombre —confirmó el otro.

Fueron interrumpidos por el general, que había terminado su consulta.

—¡Bueno señores, agárrense que ahorita comienzan los talegazos!

8

El general Vargas agarró el radioteléfono. Los operadores de la televisión se fueron a poner detrás del tanque. El teniente García y el asesor extranjero, junto al jeep del general. Éste dio la orden de ataque. A sus palabras, siguió un silencio plúmbeo, en el que se podía oír hasta el color azul del cielo que se extendía sin nubes en ese día de sol. Se podía oír el viento, fresco en la zona colinar, que entraba suave entre las plantas, y las mecía, y tocaba sin ofender el rostro de la gente. Se podía oír la vida de la tierra, que bajo los pies no dejaba espacio sin germinar, tal como todo se oye en los cementerios, lejano, pacífico y ajeno a la angustia que muerde las entrañas.

De pronto, el paisaje se animó. De los barrancos, de las colinas, de los alrededores, de puntos muertos de la carretera, comenzaron a moverse las manchas verdes de cientos de soldados en traje de guerra. Con el mismo sonido que hacen los fuegos artificiales en las ferias, un mortero, y otro, y otro, partieron en estampida de diferentes puntos de las colinas y del camino. Un silbido, semejante al que lanza un amigo a otro desde el fondo de un barranco, siguió al golpe inicial.

Como si no tuvieran nada que ver con todo el artificio de ruidos, pequeñas nubes de humo se comenzaron a levantar del jardín. Algunas de las plantas que sobresalían se abatieron, con desconsuelo, sobre la pared divisoria, dejando caer hojas y ramas. Un megáfono funcionó, mucho más cerca de la casa de lo que estaban García y el general. "Ríndanse, están rodeados", traía el viento la voz del oficial. Una ventana se rompió y se oyó un

grito de respuesta, mientras se desgranaba la cohetería de la metralleta. No se iban a rendir.

El general Vargas dijo algo. Ahora, los morterazos cayeron sobre el muro protector. En algunos lados se abrieron hoyos que borraron la impresión de fuerza que daba la casa. García vio, a través de los binóculos, a dos soldados que se arrastraban hacia ella cubiertos por un incesante fuego de protección. De la ventana rota, partieron dos granadas, que cayeron en medio de los dos. Un luzazo y como monigotes, los cuerpos se levantaron un momento y fueron a caer despatarrados por los costados.

El teniente García sintió los oídos tapados. Abrió la boca y bostezó. Sintió como si un costal de estruendos estuviera por ahogarlo. La otra ventana se despedazó, retumbó y una nube de humo negro comenzó a salir de adentro de la casa.

Un cuerpo envuelto en llamas asomó, disparando, y cayó al jardín, cubierto el alarido por el ruido de las ametralladoras.

—¡Ajajay! —gritó Vargas— ¡Ya cayó el primero!

Mas, por un boquete, arrastrándose, apareció de nuevo el hombre, todavía vivo y ennegrecido. Intentó disparar, pero un fuego cruzado lo levantó y sacudió como si fuera un epiléptico. Quedó pegado a la pared.

—¿Lo agarraste, vos, lo agarraste? —preguntó el reportero al camarógrafo, que zoomaba sobre la batalla.

El asesor estaba junto al general y le hablaba con ansia. Vargas no sabía inglés y García le tradujo rápidamente.

De las ventanas partieron infinitos pedazos de vidrio y pequeñas humaredas indicaban que los guerrilleros respondían al fuego. El cañón del tan-

que corrigió ligeramente la puntería. Cuando partió el tiro, su retumbo borró el escándalo de pistolas, metralletas y morteros. Algo más que un silbido, una especie de alarido metálico resquebrajó el aire.

García había asistido a mil entrenamientos en el campo. En ellos, el cañón disparaba y luego, a cientos de metros, como si no hubiera relación entre una cosa y otra, se veía levantarse el terreno, entre piedras y humo. Lo que nunca había visto era lo que le pasaba a una casa.

Se alzó la nube de siempre. Pero en lugar de que se arrancaran los árboles de raíz, el ala derecha de la construcción se plegó como si hubiera sido una de esas cabañas de galleta que están sobre los pasteles. El humo blanco se volvió negro y una improvisa y violenta llamarada de color naranja se elevó furiosa al cielo para desaparecer comida por la nube oscura que sustituía ahora a la pared. Un cuerpo había saltado con la explosión y quedó trabado sobre las plantas del jardín. Duró un segundo balanceándose y después su peso quebró los ramajes.

Confiados por el bombazo, un grupo de soldados corrió hacía la casa, pero fueron barridos por las metralletas que seguían disparando desde otra ventana. Los que venían detrás se pararon, y, enseguida, dieron vuelta para protegerse.

—¿Pero cuántos son estos hijos de puta? —gritó Vargas.

9

Los golpes de mortero habían derrumbado casi por completo la pared de protección. El jardín ha-

bía agarrado fuego con ferocidad y el humo blancuzco de las plantas se confundía con el humo negro que venía del interior de la casa. "Se van a morir todos", pensó el teniente García.

—¿Les damos otra pildorita? —preguntó Vargas. De nuevo, el cañón del tanque se orientó. De nuevo, el mundo desapareció por un instante en el momento del disparo, que salió rompiendo el aire y se estampó en el centro del pequeño edificio. García pensó que le iban a hacer falta muchas borracheras para borrarse de la memoria lo que estaba viendo.

El reportero, al lado de García, tenía la cara blanca y estaba temblando. Como contraste, la voz le salía limpia y profesional, sin inflexiones ni acentos:

—...la casa ha quedado reducida a escombros, pero los delincuentes subversivos no se rinden. Este es canal Uno, transmitiendo en directa y a todo color, por una cortesía de los amables patrocinadores... atención, atención, ahora un grupo de soldados... un grupo de soldados, espero que ustedes puedan verlos a través de las cámaras del noticiero Qué Mundo, siempre en el lugar en donde se produce la noticia, que ustedes estén viendo... los soldados tratan de entrar pero otra vez son... otra vez, disparan desde la casa... están disparando... pueden ustedes ver... que retroceden... retroceden... un momento, me llaman de los estudios, parece que hay información de última hora... un momento, por favor, pedimos a los estudios no interrumpir la transmisión en vivo... informamos, en vivo y a todo color... informamos a los padres de los estudiantes de las universidades vecinas que todos... que todos están sanos y salvos... repetimos: sanos y salvos... por una cortesía... sanos y salvos...

El chofer de la camionetilla de la televisión se había bajado, deteniéndose de la puerta. No pudo

esconderse y allí mismo, apoyado contra el microbús, estaba vomitando entre estertores. García meneó la cabeza. "Estos civiles", pensó.

Vargas estaba furibundo: "¡Para qué putas los llevamos al Infierno Tojil si después no pueden ni asaltar una casa!" —gritó, dirigiéndose a los soldados que retrocedían ante la resistencia de los guerrilleros.

Dispararon tres morterazos. El estallido venía por el viento. Los morteros cayeron sobre su blanco como grandes piedras sobre una montaña de papel. Las llamaradas eran feroces. Se oían lejanos alaridos.

El humo y las llamas habían producido un vapor invisible que, desde donde estaba García, daba la impresión de un lente deformado que se aplicara sobre el paisaje. Las líneas perdían consistencia. Sin embargo, de la casa partían las minúsculas humaredas de las ráfagas de ametralladora. Aún tenían fuerzas para lanzar granadas hacia afuera. "Esto se debió haber acabado hace rato", pensó García.

Parecía imposible que antes hubiera habido una casa en donde ahora se alzaban los escombros, ennegrecidos. En el ala derecha aparecía toda una sala al descubierto. Los dos sofás, una silla de mimbre, una mecedora y, al fondo, un televisor y un espejo. Por allí apareció una figurita, arrastrándose.

García enfocó los lentes de larga vista. Era una mujer pequeña, de pelo negro recogido, morena o ennegrecida, seguramente herida, que con habilidad de gato se pegaba al pavimento. Concentraron el fuego sobre de ella. Una granizada de balas fue astillando la mesa, cuyos restos brincaban enloquecidos por todas partes. Los sofás se fueron llenando de hoyos y, en el fondo, saltó el espejo. Por un instante figuró una telaraña, suspendida y luminosa, y enseguida se vino abajo. El televisor estalló, chispeando su electricidad almacenada. Los millares de balas pulverizaron la mesa de centro, mientras que los sofás se habían ido convirtiendo en un amasijo de plástico, algodón y resortes. Tal era la fuerza de las balas que los muebles se movían temblando.

El teniente García trató de ubicar bien la figura de la mujer. Allí estaba todavía, a ras de suelo, disparando sin cesar. A través de los binoculares podía ver las chispitas de cada tiro. De las otras ventanas también disparaban. García movió despacio los lentes y pudo ver las sombras que empuñaban ametralladoras y que sin descanso escupían fuego.

Y estaba viendo esas sombras cuando otro morterazo le llegó a los oídos. Enfocó la sala en donde estaba la mujer pero no la pudo encontrar. Movió de arriba abajo y de un lado a otro los lentes pero no conseguía encontrar nada. Un mortero había centrado a la revolucionaria y había desfondado el piso. No quedaba más que un boquete negro y algunos muebles hundidos en él.

Después de darse cuenta de que a esa distancia nada le podía pasar, el reportero de la televisión había tomado confianza y comentaba unos pasos más adelante. Había recuperado el color. García creyó ver que, sobre el rostro, tenía un velo de maquillaje.

Quiso hacer un comentario, pero el silbido de una bomba le quitó la palabra de la boca. La casa crepitaba y echaba chispas como las fogatas del siete de diciembre. El teniente pensó que, de regreso, tendría que hacerse una ducha. "Quién sabe cómo apestará el infierno", se dijo, mientras se ajustaba otra vez los binoculares.

Un espacio de silencio precedió al último disparo del tanque. El cañón no se había movido, pues ya

tenía afinada la puntería sobre el centro de la casa. Durante ese segundo de silencio, la atmósfera se sintió pesada, como si la ceniza, el calor, el cielo cargado, el terror, la angustia y la sangre se hubieran disuelto en la garganta de cada uno. Volaba muy alto el helicóptero. Era negro el viento.

Vibró la tierra con el cañonazo. García sintió un golpe en los oídos y percibió, en las suelas de sus botas, el temblor del disparo. El fogonazo lo dejó encandilado.

El cielo se iluminó de naranja. Una ola de calor fue traída por el viento. En donde estaba la casa se produjo un resplandor y sin solución de continuidad un trueno largo y profundo, como el de las tempestades retumbantes que se abaten sobre los agotados árboles de la costa, se desencadenó entre la polvareda y la nube de humo ocre que se levantaba sobre unos escombros ennegrecidos alcanzó el cielo. La tierra tembló diez veces más de lo que se había estremecido con el disparo. Pequeñas y potentes explosiones seguían encadenándose a la explosión principal. Ya no había pared de protección, ya no había jardín, ya no había casa, ya no había nada. Quedaba una bola de fuego y un montón de ruinas y hierros retorcidos.

—No quedó piedra sobre piedra —dijo el asesor. El reportero estaba pálido de nuevo, pero su voz se había alzado de tono.

Hablaba de triunfo contra la subversión y de defensa de la democracia.

—¡Ora sí les dimos riata! —gritó Vargas. Algunos soldados se ponían de pie y comenzaban a correr hacia la casa. Humo, fuego y silencio. Los golpes de las botas contra el asfalto, de las carreras hacia el objetivo conquistado.

—Corré, vos, corré —le dijo el reportero al camarógrafo. Y, juntos, ayudándose con las dos ma-

nos, en la carga de los aparatos, se fueron hacia la casa. "En el propio lugar de los hechos..." iba diciendo al micrófono. Su chofer se quedó sentado, como una estatua de sal, frente al volante.

—¡Pa' qué se meten a cosas de hombres! —le gritó García.

El otro lo miró y sus ojos eran opacos. El teniente conocía esa reacción. La había tenido él mismo muchos años atrás, cuando le tocó ver el primer muerto. Le dio una bofetada y el otro sacudió la cabeza, indefenso.

—¡Más machito, hombre, más machito! —le dijo, mientras lo abandonaba a su futuro de insomnios y pesadillas.

El asesor se acercó.

—Aquí se acabó todo —le dijo—. Conviene que nos vayamos.

García asintió. Era mediodía. El sol estaba en lo alto. El cielo seguía de un azul purísimo y la única nube era la artificial que el destrozo de la casa había producido. Una cantidad descomunal de soldados había aparecido por todas partes. Iban eufóricos y contentos, como el asesor.

—Esto levanta la moral de la tropa —le comentó al teniente mientras se subían al jeep.

—Y le da la presidencia al general Vargas —dijo García, en español, sin cuidarse de que el otro lo entendiera. El asesor le contestó:

—Es el tipo de presidente que necesita este país.

El jeep iba, raudo, por la pequeña carretera de Bella Vista. Demasiado rápido, otra vez. García regañó al chofer.

—Mirá vos, indio pisado, ahora te vas a ir despacio si no querés que te zampe un mes de arresto.

El chofer se sonrió. Dijo: "Sí, mi teniente" y bajó la velocidad. García sintió una opresión en el pecho. Había calor. Le hubiera gustado estar en el puerto, tomándose una cerveza.

CAPÍTULO III

martes
2° día
6- 9/10 par

1

A las seis de la tarde, el teniente García traspuso el umbral de la Policía Judicial. Estaba anocheciendo. El sol se despedía con violentas llamaradas rojas sobre las nubes que coronaban el volcán. En el rostro de la gente había un tinte anaranjado, que la hacía parecer menos fea. La sede de la Policía era un edificio chato, de un piso y de color verde acuoso descuidado, como el de un trapo percudido.

García había encontrado estacionamiento frente a la puerta, después de pasar el puesto de control. En los alrededores, pululaban los orejas. Eran bajos o altos, siempre gordos, siempre con la camisa desbordando por sobre el cincho, siempre con los botones desabotonados, siempre con alguna mancha de grasa o de tomate vagando por el saco, siempre con bigotones peludos y rotundos sobre la jeta gruesa, o sin bigotes con los dientes separados y amarillos, escupidores de chisguetazo certero, siempre nalgones que se esculcaban la entrepierna para acomodarse lo que les incomodaba, siempre altaneros, siempre ladinos, siempre lampiños. Se reconocían por la calle, en la camioneta, saliendo de su casa, subiendo al carro, en los almacenes, en las aulas y en las manifestaciones, se reconocían y nadie los reconocía porque capaces que de la nada surgían otros cuatro y desaparecías para siempre del mundo de los vivos. Del mundo.

Apenas pasó el umbral se topó con una mesa de pino a la cual se sentaba un esperpento chaparro y zarco que alzó los ojos verdes vidriosos y ordenó:

—Identificación.

García le pasó el carnet por la cara. El hombre estudió el documento como un pastor la Biblia. Lo

devolvió, circunspecto, mientras anotaba el nombre en un registro de la época de Mamá Camota.

—¿Motivo?

—Cita con su mero jefe —respondió García.

El oreja escribía con dificultad y, cuando intentó pasar a la página siguiente, los chorizos de sus dedos pasaron un cuadernillo de cuatro páginas. Disgustado pero paciente, el tipo se ensalivó los dedos y restregó la esquina de las hojas. Triunfó. Pasó a la página siguiente, donde siguió marcando letra tras letra.

García recogió su carnet y salió al corredor. Había un patio con plantas, en cuyo centro una fuente gorgoriteaba su chorrito medio tuberculoso. Encuclillados, grupitos de guardaespaldas jugaban cartas entre sonoras risotadas, golpes fingidos e insultos amistosos. García recordó algo y regresó al judicial de la puerta.

—Mire usted, y ¿ahora qué hago?

—Se espera, teniente. El jefe está reunido con otras personas.

García se fue a sentar a una banca del corredor. Ya la noche estaba cayendo y habían encendido unos foquitos pelados que habían amarrado a la pura quien vive en los postes de madera que circundaban el patio.

Su vista vagó por los grupos de orejas que se divertían mientras pasaban el tiempo. Del otro lado del patio, se veían las oficinas en donde algunos policías tecleaban los informes, las denuncias, los trámites. La gente entraba y salía con temor, como que si tuviera miedo de que, de repente, la acusaran de algún ignoto delito y no la dejaran salir del antro en el que se había metido.

Un sombrerudo llegó a sentarse al lado de García. Ni se dignaron de una mirada. El oreja traía

detrás, como a un perrito, a un lustrador con la caja bajo el brazo, y negro cual si apenas se hubiera pasado él mismo una mano de betún. Sentóse y ofreció la pata, mientras el niño se hincaba delante de él. García se distrajo mirando la minuciosa compulsión con que el niño se entregaba a su trabajo. Éste, con mano acostumbrada, desenganchó la traba de la tapadera. Saltó la esportilla y dejó ver los tesoros escondidos: el frasco de añilina, las latas de betún neutro, café y negro, los cepillos lustrosos, los trapos de franela dignamente manchados. Ya tenía en la mano un cepillo con el que desempolvaba el zapato. Antes, decidido, para no provocar cosquillas en los pies del interfecto, había introducido en los zapatos unos cartoncillos que protegían de líquidos y pastas. Después del cepillo sacó un frasquito con la añilina negra. Mojó el cepillo redondo y bañó abundantemente el cuero. García imaginó el escalofrío del oreja, el cual leía un pachorroso periódico. Cual caricia en la barbilla, el lustrador tocó, con el índice, la punta del zapato. "Cambio", dijo. El oreja, sin dejar de leer los deportes, quitó la pata y puso la otra sobre la horma de madera que coronaba el arcончillo. El lustrador repitió la operación.

García vio su reloj. Eran las seis y cuarto. Pensó que a cuenta de qué iba a estar haciendo antesala. Pero ya se había comprometido. Sintió hambre. Los orejas que jugaban cartas en el patio, se reían y fumaban.

—¿Me estás dando una buena lustrada? —preguntó el oreja al patojo.

—Simón —le contestó el niño—. Mire, a ver.

El esbirro bajó el periódico y asomó el hocico sobre las páginas, para controlar el trabajo del lustrador. Farfulló algo y se volvió a hundir en la lectura. García tuvo la impresión de que la cara le era conocida. Ya era la segunda vez en dos días.

El lustrador aplicaba la pasta con pequeños y rapidísimos toques redondos sobre el zapato. Luego regresaba y daba una especie de masaje reconfortante sobre todo el cuero.

De nuevo, el policía controló por encima del periódico. Ahora, García lo pudo ver bien. El lustrador sacó un largo trapo. Lo dobló en dos y lo sacudió, tensándolo hacia el centro, y el sonido era como de sopapos idos al aire. Luego, igual que el director de orquesta que acomete el principio de una guaracha movida, se lanzó trapo en mano y con gran entusiasmo a la última parte del lustre, cuando las puntas de los zapatos deben quedar como un espejo en donde se refleje la sonrisa del triunfador que ha borrado el polvo, el agua y las manchas recogidas por la calle. Y, con insistencia, García tuvo la impresión de haber visto ya la cara del esbirro.

"¡Claro!", tuvo un luzazo. "¡Éste es el oreja que dejé ayer junto al cadáver de Montserrat!". Pero ya el tipo estaba saliendo, seguido del lustrador que le cobraba.

García dio un salto y salió disparado a la calle. Por una esquina, pudo ver al lustrador que estaba desapareciendo. El teniente corrió todo lo que pudo. Al doblar la cuadra, vio que el niño también corría. Le echó un chiflido. El lustrador se volteó.

—¡Patojo! ¡Patojo! —le gritó— ¡Esperáte!

El niño se detuvo, indeciso. García corrió hacia él.

—¿Dónde se fue? —le dijo cuando estaba a unos metros de distancia.

—¿Quién?

—¡El oreja, hombre! ¡El oreja al que le diste lustre!

Aliviado de que la cosa no fuera con él, el lustrador le informó:

—Del otro lado de la calle, para la otra esquina.

Ni gracias le dio. Se volteó y salió corriendo otra vez. Sintió las palpitaciones en las sienes. Estaba viejo y le faltaba entrenamiento. "Mucha oficina", pensó. Si lo mandaban a la guerra, lo jodían. Hizo un esfuerzo y, ya sin correr, sólo apresurando el paso, como aquellos corredores que parecen patos, se fue para la esquina que le había indicado el niño. Al fondo de la calle, había un grupo de judiciales.

A causa del esfuerzo se le comenzaron a acalambrar las pantorrillas. "Más machito, más machito", se reconvino, repitiéndose lo de tantas veces, cuando las marchas forzadas. Se encaminó con paso marcial hacia el tipo. "Ahora este cabrón me dice qué hicieron con el hombre de Montserrat".

Ya estaba a pocos metros del grupo. En efecto, el sicario de los zapatos recién lustrados estaba conversando a grandes voces con sus compinches. García sintió la misma satisfacción que probaba todas las mañanas con las noticias del radio. "El gusto del curioso", le decía su mujer.

—¡Usted! —lo llamó García. Aquél lo vio. Verlo y reconocerlo fue un todo. Dijo algo a los esbirros que lo acompañaban y, sin decir nada, pero como si lo hubieran entrenado mil veces, en un parpadeo se subieron todos a un *Bronco*.

García comenzó a correr. El oreja prendió el motor. El teniente estaba a tres pasos del vehículo y pudo reconocer las caras de los que el día anterior lo habían encontrado junto al hombre muerto en Montserrat.

—¡Usted, usted! —le gritó García al judicial—. ¡Espérese, hombre!

El oreja metió retroceso. García ya estaba al lado del jeep y, con decisión, aferró la manija de la porte-

zuela y la abrió. El hombre metió primera y salió con chillido de llantas, batiendo la puerta como ala de mariposa desvencijada. Unos metros más adelante, frenó, cerró la puerta y desapareció, siempre con gran escándalo, en la esquina siguiente.

El teniente García se quedó con cara de estúpido en medio de la calle, queriendo decirle que le debía hablar. "Ve qué hijo de la gran puta", pensó mientras regresaba. Y confirmó que detrás de ese cadáver de Montserrat había gato encerrado.

3

Cuando entró de nuevo a la Judicial, todo el mundo estaba atento al escándalo que hacía una vieja. A su lado, como el acólito que responde solícito a las oraciones del obispo, su abogado murmuraba velozmente los artículos del código penal.

—¡Qué pasó, qué pasó! —salió somatando la puerta de la oficina alguno que debía de ser jefe de algo— ¡La gran puta con el relajo!

La mujer lo vio y se le echó encima.

—¡Mi hijo, señor! ¡Qué hicieron con mi hijo! ¡Para acá lo trajeron!

El policía dio un paso atrás cuando vio que la mujer estaba a punto de agarrarlo.

—¡Se me calma, señora, se me calma! ¡Qué son esos gritos!

El abogado aprovechó:

—Eso le digo yo a la señora Ibargüen...

—Pues pasen adelante —dijo, impresionado por el apellido prestigioso.

Y el trío se introdujo en un cuartito. El policía pasó primero, moviéndose como el que no controla

su cuerpo; atrás pasó la señora, a quien la rabia y el terror tenían despeinada, descompuesta, desarreglada y despintada; por último, el abogado, que, con ceremonia, había indicado a la doña que "las damas primero", con un gesto de su maletín.

—¿Qué pasó, usted? —le preguntó García a uno de los que habían dejado de jugar naipes.

—Una machada de los muchachos. Le dieron una gran verguead al Ingeniero Castillo Ibargüen porque no los dejaba rebasar. No sólo sino que se lo trajeron prisco. ¡Para macho no se estudia, usté, porque la vieja es cuñada del ministro!

—¿Y cómo es que no le vieron los documentos?

El oreja lo miró con expresión académica.

—Ay, Dios —comentó, y se encuclilló para seguir jugando.

Olía mal.

4

El teniente García se regresó a la banca en donde había estado sentado. En eso vio salir, de la oficina del Jefe de la Judicial, a un grupo rumoroso. Los guardaespaldas que jugaban en el patio dejaron todo tirado y se pusieron a buscar a su protegido entre los que iban saliendo, como los perros de la jauría obedecen al chiflido de mando.

Al ver a los que salían, el teniente comprendió por qué Chus Matamoros, Jefe de la Policía Judicial, lo había hecho esperar. Había habido una reunión de cabezones. Algunos de los del grupo salían en los periódicos, otros no. Matamoros salió de último y se dirigió al teniente.

—¿Usté es el teniente García?

Tenía una expresión redonda y satisfecha. Era alto, blancote y entre gordo y robusto. Un semejante bigote parecía pender de la nariz chata, un bigote como brocha gorda sobre los labios gordos, entre dos cachetes gordos con un lunarazo de chicharrón con pelos a la derecha.

—Para servirle —respondió García.

—Venga —dijo Matamoros. Y se encaminó a la oficina. García lo siguió. El traje del Jefe de la Judicial era de tela barata, cien por ciento poliéster, de color marrón con rayitas doradas, de esos que cuando hay calor hierve y, cuando frío, congela. El sastre había puesto su granito de arena y el saco parecía desmedidamente corto como para tapar el culón empistolado del Jefe.

Caminaron por el corredor oscuro, entre la gente que todavía hacía antesala, delante de las oficinas de donde salían pláticas murmuradas y tecleos de máquinas de escribir. La oficina del Jefe estaba al fondo, en la zona en donde ya no llegaba ni siquiera la débil luz de los foquitos prendidos artesanalmente a la pared. El teniente García se sintió orgulloso de la diferencia que había entre el ejército y la policía. "Mientras nosotros trabajamos con computadora, éstos todavía joden a la gente con candela", pensó, mientras entraba a la oficina de Matamoros.

gringos

Era un cuarto espacioso. En el techo, dos barras de gas neón eran poco suficientes como para iluminarlo todo. Junto a la ventana, de seguros vidrios blindados, un escritorio de metal color café con leche,y su correspondiente silla giratoria, estaba cubierto de papeles desordenados. Una Remington de los años 50, funeral y tétrica, descansaba en una mesita. En una esquina, un amueblado estilo imperio servía para atender a las visitas.

—Siéntese, mi teniente —le indicó Matamoros. García se fue a sentar a esa especie de falso trono y se sintió incómodo de inmediato. La tapicería, que simulaba millones de caracolitos de oro en un campo rojo, era mucho más dura de lo que parecía. Matamoros debió de haberlo observado pues añadió:

—¿O prefiere el escritorio?

—Pues si no le molesta —respondió el teniente levantándose de inmediato. Así que allí se dirigieron. Con gusto, Matamoros se acomodó en la silla giratoria. Se balanceaba, como si estuviera en la rueda de caballitos.

Prendió la lámpara de mesa y una luz amarilla se posó en los papeles amarillos. De la calle venían pocos ruidos. De adentro, las risotadas de los hombres que, en el patio, jugaban de manos. Matamoros se echó para atrás, doblegando el respaldo. Cruzó las manos sobre la panza. Vio fijamente a García. Sonrió.

—Pues, sí, mi teniente. ¿En qué lo podemos servir?

Antes de que García pudiera contestar, Matamoros pulsó un botón con insistencia. En seguida, abrió el escritorio y de una gaveta tomó un frasco pequeño, con una etiqueta verde y blanca. Sacó una pastilla. En eso, entró el ayudante:

—¿Me llamaba, licenciado? —preguntó.

El *licenciado* Matamoros ordenó:

—Traéme un vaso de agua, pero así, mirá —y restalló los dedos como un látigo. El otro desapareció y al segundo, regresó con el vaso destilando en la mano. Se lo dio a Matamoros que engulló agua y pastilla con grandes tragos. El Jefe de la Policía Judicial se creyó en el deber de explicar:

—Es la úlcera que me está chingando.

—¿Muchas preocupaciones?

—¡Qué! Es que uno come sin disciplina. Y la hartadera de guaro.

García observó que Matamoros tenía las cejas tan espesas como el bigote. Cejas con colita de diablo. "A éste sólo le faltan los cachos y las pezuñas", pensó.

—Pué sí, mi teniente...

—Pues le venía a hacer un reclamo. Resulta que ustedes no nos mandaron un dato importante...

—¿Cómo así?

—Un muerto que se hallaron en Montserrat.

—¿Y usté cómo lo sabe?

—Porque yo me lo encontré.

—¿Y entonces, por qué no informó usté mismo?

—Porque sólo lo vi y se lo dejé a unos hombres suyos.

—¿Está seguro?

En eso, García se dio cuenta de que estaba respondiendo a un interrogatorio. Pasó al ataque.

—Si no estuviera seguro no hubiera venido, señor. Lo que quiero saber es por qué ustedes no han rendido informe al ejército, como es su deber.

García se había inclinado hacia adelante, apoyando las manos al borde del escritorio. Sin darse cuenta, Matamoros imitó su posición.

—No se sulfure, mi teniente, que todo tiene sus asigunes.

—Nada de asigunes. Con el ejército no valen razones, señor. Usted tenía una orden y si la cumple, la cumple. Si no la cumple... allá usted.

El judicial se hizo para atrás. Se apoyó en el respaldo y con la punta del pie hizo retroceder un centímetro la silla. Levantó ligeramente el mentón para responder:

—Pues, para que vea, en este caso de Montserrat no le conviene al ejército y menos a usted que se sepa.

—¿A mí? —no pudo reprimir García la extrañeza.

—Sí, mi estimado teniente, a usté.

7

—Barajéemela más despacio, ¿quiere? —dijo García.

—Pues para ser breves, fue su cuñado el que se quebró al hombre de Montserrat.

La historia que Matamoros narró a García era una historia corriente. Quizá, lo extraordinario lo ofrecía la parentela.

"Mire usté", comenzó Matamoros. "Este de Montserrat fue en vida uno de la banda de Olivero. En el cuartel de la banda, allá en la zona 15, aprendió a jugar al póker. Cuando el ejército se quebró a su patrón, se dedicó a pasar el agua con el juego. Usté no tiene idea de cuánto juegan los ricos en este país. Los árabes, los italianos, algunos gringos y los chinos, ¡los chinos, usté!, se llegan a jugar casas, fincas, mujeres, en una noche.

"Pero no crea que con eso el cuate estaba contento. Quería ser como había sido su jefe. Entonces quiso organizar una su banda, ¿no?, usté sabe, para quebrarse a los que anduvieran jodiendo. La idea era esa, verdad. Hacerle un favor a alguna fábrica y luego cobrar. Sólo que le salió el tiro por la culata. Primero porque para eso estamos nosotros y lo hacemos mil veces mejor; después porque en esas andaba cuando su cuñado, teniente, su cuñado el estudiante, se lo quebró.

"Parece que no matara mosca, ¿verdad, mi teniente? Y en cambio, cuando el otro comenzó a reclutar gente, fue detectado por los subversivos. Y su cuñado, que está comenzando con ellos, fue

el encargado de atraerlo a una trampa, en Montserrat. Allí, en el campito donde usted lo encontró, su cuñado le descargó la tolva. Pudo haberse ahorrado los tiros, pero como buen principiante, se puso nervioso y lo llenó de plomo. Yo eso lo supe el mismo día, mi teniente, y supe también que el estudiante éste era su cuñado. Y, mire, por Dios, hoy mismo le iba a avisar, cuando usted me llamó. Me adivinó el pensamiento. Ya ve usted cómo se van componiendo las cosas... No creo que haya problema, ¿verdad?"

8

García había estado todo el tiempo apoyado a la mesa, con el cuerpo tenso. Al terminar el relato del judicial, se recostó en el respaldo de la silla, como aliviado. Pero era una apariencia. Estiró las piernas mientras preguntaba:

—No, no, cómo va a haber problema. A cuentas claras, chocolate espeso. Pero hay una cosa que usted no me ha dicho.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál sería, usté?

—Cómo se llama el tipo ése. O cómo se llamaba, pues.

—Ah —dijo como el que sin querer ha dejado al descuido una cosa. —Se llamaba Marcos Barnoya.

—Me lo imaginé.

—¿Se lo imaginó?

—Sí, señor, me lo imaginé. ¿Y me quiere contar cómo fue la historia ésa de la gente?

—¿Cuál gente?

—Mire: no se me haga el baboso. La gente, los que él quería reclutar.

Matamoros sonrió con picardía. Sabía que con esta conversación le estaba haciendo no uno, sino dos favores al teniente García, y que algún día tendría la ocasión de hacerse pagar. Un amigo en el ejército, decía equivocándose, era mejor que una cuenta en el banco.

"Pues verá, mi estimado teniente, cómo es la cosa. Pues resulta que este Barnoya se metió a la Católica a estudiar, pero sin estudiar. Andaba buscando elementos. Elementos para él, ¿verdad? Como era un tipo mero alegre, no tuvo problemas en encontrar compañeros de parranda, y, encima, pistudos. Había uno, usted, que era tres piedras, caedor bien, de buen plantón. ¿Qué más quería Marcos? Éste, dijo, está bueno. Y se hicieron uña y carne. Hasta que una vez, en una granja de San Pedro, estaban haciendo un churrasco con los compañeros de oficina del amigo éste. Ya bolos, Marcos se lo llevó aparte y le contó su vida, desde que fue parte de los hombres de Oliverio. Luego le explicó su idea de hacer grupo, verdad, hacerse ricos. El otro estaba bien socado, pero así y todo lo mandó a la mierda. Y ya le estaba echando riata. Marcos lo dejó hablar. Pero cuando salieron, se fue atrás de él. Le arrinconó el carro en la Kennedy, a la salida de un motel, y como el otro iba bolo, fue fácil que se fuera a estrellar. Tuvo suerte Marcos Barnoya, porque cuando se bajó a rematarlo, el otro ya estaba muerto del accidente. ¿Qué le parece el tipo?

García no respondió. Más bien, le hizo otra pregunta:

—Y dígame, ¿cómo se llamaba el estudiante?

—Ah, de eso no me acuerdo —contestó, alzando las cejas, el judicial.

—Se lo voy a decir yo. Se llamaba Ramón Gómez y era mi otro cuñado.

El oreja alargó los brazos desperezándose. Hizo una cara entre seria y divertida. Asintió con la cabeza. Dijo:

—Ya lo sabía, teniente: usté está metido en esto hasta la coronilla.

9

Llegó a su casa por ahí por las ocho. Después de contentar a su mujer, cenó arroz con carne guisada luego de rechazar la aburrición de una comida en casa de sus suegros.

—Es que mi mamá está que se muere de la pena —dijo la mujer.

—De la curiosidad se muere tu nana —le contestó.

—No seás malo, vos.

Encendió la televisión. Apareció la imagen del Palacio Nacional, un gran cuartel de piedra verde que parecía construido a propósito para hacer una película sobre un dictador tropical. Como fondo, la emisora transmitía marchas militares. De vez en cuando, un locutor interrumpía la música para decir: "Transmite la Cadena Nacional de Radio y Televisión, encabezada por Pé-Cé-Doble-Vé, Radio y Televisión Nacional. Se avisa a todas las emisoras nacionales y particulares que transmiten en el territorio de la República, encadenarse ¡IN-ME-DIATAMENTE! con PCW, para retransmitir el Mensaje que el Señor Presidente Constitucional dirigirá a la nación a las veintiuna horas en punto".

De golpe, García sintió que se le venía encima todo el cansancio. Desde que se había levantado,

hasta esa hora, le parecía lejísimos, como si fuera la semana pasada. La televisión seguía transmitiendo marchas militares. Su mujer, en la cocina, lavaba los platos. Sobre la pantalla, en letras rojas, apareció una leyenda: "DESPUÉS - DEL - MENSAJE - PRESIDENCIAL - NO - SE - PIERDA - EL - REPLAY - DEL - ESPECTACULAR - ASALTO - A - LA - CASA - GUERRILLERA - EN - CANAL - UNO - Y - POR - CORTESÍA - DE - CERVEZA - CASTEL - CANAL - UNO - EL - CANAL - DE - LOS - GRANDES - ESPECTÁCULOS!!!!!!!!!!".

Su mujer apareció junto él. ¿A qué hora habría terminado de lavar los platos? Sintió el olor a jabón y a cansancio. Por reflejo, pensó en que él hedería a humo e incendio. La volteó a ver. Estaba hundida en el sillón. Miraba, hipnotizada, la pantalla de la TV. Alargó la mano y le dio una palmada en la pierna. Ella la retiró e hizo un gesto de dolor. Siguió mirando el aparato.

—No me digás que te dolió.

—Pues sí, me dolió.

—Ve, qué delicada.

De pronto, comenzó a sonar la Marcha de Radetzky. La imagen del Palacio Nacional se esfumó y apareció la figura de un locutor calavérico, engominado, bigotes de ratón, que con voz profunda recitó:

—Señoras y señores, transmite... la Cadena Nacional de Radio y Televisión, encabezada por P-C-W, Radio y Televisión Nacional. A continuación, escucharán ustedes el Mensaje a la Nación del Señor Presidente de la República, General Juan Manuel Schwartz Quirín.

Disolvencia. La Marcha de Radetzky fue sustituida por la Granadera y el locutor por la imagen de todo el Estado Mayor Presidencial, un conjunto impresionante de uniformes, galones y rostros pé-

treos, endurecidos por la férrea conciencia del poder. La cámara fue haciendo zoom hacia el centro, en donde un militar enorme, de pelo negro hirsuto, cejas como brochas y mostachón de bandido no despegaba los ojos del papel que iba a leer. Le temblaban las manos de leñador.

—¡Señoras y señores!— inició, casi gritando, su discurso.

García apagó el televisor. Su mujer se volteó, furiosa.

—¿Bueno, vos? —le reclamó.

—No me vayas a decir que querés oír al Chacalote.

—¿Y vos qué sabés?

—¿Y a vos desde cuándo te interesa la política?

—Al menos pedime permiso antes de apagar tu cara.

—Tenés razón. Perdoná. Pero estoy hasta los huevos de oír discursos. Si querés te digo yo lo que va a decir este cabrón.

La mujer suspiró, apaciguada. Sacó de debajo de la mesa de centro un costurero y se puso a coser mecánicamente. García se levantó. Fue a la cocina y se sirvió un medio vaso de whisky. Abrió la refrigeradora, sacó dos cubitos de hielo y los echó entre el licor. Tintineando el vaso, regresó a la sala.

—¿Sabés cuánto se acaba de embolsar este viejo con el negocio de la hidroeléctrica?

—Ya me lo dijiste el otro día.

—Espérate que yo sea presidente y vas a ver.

La mujer se rio.

—Calláte, Chalie. Con que no te manden al área me conformo.

—Mija...

—¿Qué?

—¿Nos acostamos?

—¿Tan temprano?

—Estoy muy cansado.

10

Antes de dormirse, García le contó a su mujer todo lo que había sabido ese día. Prefirió hablar a oscuras, no verle la cara a su mujer cuando le revelaba que su hermano había sido asesinado y que, por una casualidad, el asesino había pagado los frijoles a manos de otro familiar. Ella no le hizo ningún comentario. Al rato, García creyó oírla sollozar, o quiso creerlo. Afuera, en la noche de la ciudad, se oían, de vez en cuando, los ecos de las balaceras y los estallidos de las bombas.

El teniente no quiso consolar a su mujer inmediatamente. Había que dejarla. Que se desahogara. Estaba pensando: "La voy a jalar a mi lado", cuando se vio montado en un autobús, en la parte de atrás, acompañado de su mujer. Había un señor al lado de ellos que les estaba hablando desde hacía rato de la peligrosidad de la vida. En eso subió un niño. La camioneta iba vacía y atravesaba la Colonia Samaria. Una nube de polvo borraba el paisaje. El patojo sacó una navaja, larga como un cuchillo de carnicero. "Me van a perdonar", les dijo: "pero me tienen que dar toda la plata". Sin decir nada, su mujer sacó un fajo de billetes de a cien quetzales. Eran todos sus ahorros. El teniente García se sacó de la bolsa otro gran fajo de dinero. El muchacho se dejó caer de la camioneta y se perdió entre el polvo. García le dijo a su mujer: "Nos robó como mil quetzales. Pensá vos todo lo que hubiéramos podido comprar con eso."

Despertó. Su mujer ya no lloraba, sino que respiraba profundamente dormida. García se volteó para el otro lado. "La voy a dejar dormir", se dijo. Su madre, con la que estaba platicando desde hacía rato, lo regañó: "Dejála dormir, mijo. No hay mejor que el sueño para las penas". Pero ya no estaba con ella, sino otra vez jugando fútbol con Juanito y sus amigos de la cuadra. Alguien le pegó una gran patada a la pelota, la cual pasó por encima del campanario y se perdió entre el barranco.

CAPÍTULO IV

3er día miércoles 6:30 am – tarde

1

Hubiera querido dormir más. Hubiera querido dormir más pero el despertador estaba martillando sin cesar la insoportable campanita desde la cómoda en donde lo ponía para obligarse a dar un salto todas las mañanas. Cuando lo apagaba, ya estaba de pie, la cosa más difícil, y era sólo de dejarse llevar por las patas hacia el baño.

Pegó, pues, un brinco, y de un manotazo apagó el estridente timbre que se le metía por los ojos hasta llegarle al cerebro. "El paracaídas", pensó, mientras se ponía las "ginas" y se iba, arrastrando los pies, hacia el baño. Eran las seis y media de la mañana. Frente a la casa, la camioneta frenó con un gran silbido de los discos de frenos. Mientras recogía el pasaje, el motor ronroneaba.

El golpe de agua fría en la cabeza lo despertó. El teniente García se dio cuenta de que era miércoles, de que faltaban tres días para el fin de semana, de que estaba cansado y de que no iba a hacer gran cosa en la vida.

—Mirá, mijo —le dijo su mujer mientras le servía los huevos revueltos con chirmol—. ¿Ya preguntaste cómo va lo de la casa?

—Eso está verde.

—¿Pero ya preguntaste?

—¿Cómo querés? En estos días sólo se habla de echar riata, no de la Colonia del Ejército...

—Pero nos pueden comer el mandado...

Su mujer tenía razón. Si no fuera por ella que le insistía día y noche, seguramente ni la solicitud habría hecho. Aunque a él no le parecía buena idea esa de concentrarlos a todos en una sola colonia. En caso de guerra, con unos buenos bombazos se bajaban a media oficialidad.

—Tené cuidado —le había dicho su mujer al despedirlo. Por todo el camino vio patrullas militares que iban de arriba a abajo. Los carros iban más despacio. O era más temprano o la gente tenía miedo. "Todos deben tener miedo", decía el asesor. "Todos deben tener la sensación de que les puede pasar algo". García no estaba muy convencido, pero el asesor era un especialista y por algo lo habían mandado al país.

A mitad de camino se dio cuenta de que no había puesto el radioperiódico. "Debo de estar dormido todavía", pensó. Encendió la radio. Entre un anuncio y otro, hablaban de la caída de la casa guerrillera. Coca-Cola, la chispa de la vida. Murieron completamente carbonizados. Ferretería del Águila. Había restos humanos por todas partes. Tarde o temprano, su radio será Philips. Fueron secuestrados todo tipo de armamentos. Mejor, mejora, Mejoral. Había una mujer en estado de gravidez. Capas Girón, en el invierno dan protección. Un soldado perdió la mano. Hidrosolina, para la diarrea. Identificados casi todos los guerrilleros.

Al llegar al Parque Montúfar, compró el periódico. Le echó un vistazo en lo que el semáforo daba verde. Cuerpos carbonizados. Rostros desfigurados. García sintió una pequeña satisfacción cuando metió primera y entró en la calle Macedo. "Ahora sí les dimos verga", pensó, contento de pertenecer al ejército.

2

Parqueó bajo un árbol y comprobó que llegaba puntual. "Si yo no sé por qué piensan que llego

tarde siempre", se dijo. Entró a grandes pasos y dejó sin saludo al telefonista. Ya en su oficina, tiró el periódico sobre el escritorio y prendió el computador. El asesor extranjero no estaba todavía y eso lo llenó de satisfacción.

La mañana transcurrió, como siempre, en la preparación de programas y en la acumulación de datos. "Ya vas a ver", le dijo el asesor. "Las casas guerrilleras van a ir cayendo una tras otra". Estaba contento, como si le importara la cosa. "Con razón ganan todas las guerras", pensó García, admirado de la eficiencia militar del otro.

Por las diez, comenzó a bostezar. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió un flato inmenso. "Es la hora del cafecito", pensó. Se alzó de golpe y, como siempre, invitó a su compañero: "*A little cup of coffee,* vos?". "*Right*", contestó el otro, levantándose.

Atravesaron el corredor. Como todos los días, el teniente se distrajo un instante en el cuarto vecino. Se sentó frente a la computadora y pulsó las teclas de los elegidos para los escuadrones de la muerte. Tampoco ese día había el nombre de ningún pariente. Eran nombres y apellidos, con dirección y teléfono, nada más. Futuros muertos que eran borrados de las listas y cuya existencia, para García, se limitaba al conjunto de letras blancas que aparecían en la pantalla negra.

El telefonista estaba distribuyendo los panotes de a cinco y los vasitos de plástico en los que cada uno se servía el café caliente de la percoladora. Todos comían con hambre, y, después o antes, hacían fila para usar el baño.

Sonó el teléfono. El especialista, sorprendido con un enorme trozo de pan en la boca, no sabía qué hacer. Entre las risas de todos, se acercó al

teléfono, lo descolgó despaciosamente mientras masticaba y tragaba a toda velocidad, y todavía con los carrillos llenos, respondió.

El teniente García se sirvió más café. Tenía sed. Tenía necesidad de sentir algo caliente en el estómago. Se dirigió hacia los asesores extranjeros que, como siempre, hacían grupo aparte. *"Look that man"*, dijo señalando a un especialista de rasgos indios. *"He's a very indian guy"*. Lo jaló por el brazo. "Bailáles una danza de la lluvia, vos". Vio que el muchacho sufría, que lo odiaba con todas sus vísceras. Se rio más todavía. Y lo iba a seguir jodiendo cuando el telefonista lo interrumpió: —¡Teniente García, al teléfono!

Caminó hacia el aparato, haciendo una seña interrogativa al especialista. Éste lo informó:

—Su cuñado, teniente.

—Ah, qué chinga esta familia.

Con gesto de fastidio, tomó el auricular:

—¿Sí?

—¿Chalie?

—Sí, soy yo.

—Chalie, soy Tono.

—Sí, ya lo sé. ¿En qué puedo servirlo?

—¿Puedo hablar?

Vaya animal. García siempre le había dicho a su mujer que eran una familia de locos. ¿Y qué de secreto le podía decir su cuñado? En todo caso, al revés. Además, la pata ya estaba metida. Consciente de que su respuesta estaba siendo inmortalizada por las grabadoras de la R-3, García respondió:

—Sí. Sí puede. Dígame.

Entonces percibió que a su cuñado le temblaba la voz.

—Estoy atrapado. Me tienen cercado.

3

Tono, el cuñado del teniente García, trabajaba de haragán en el Museo de Bellas Artes, famoso porque del director para abajo se la pasaban papando moscas. El chance se lo había conseguido su papá, a cambio de un favor que alguna vez le había hecho al licenciado Salazar, el director. Tono se mantenía en su escritorio, estudiando derecho, y esto le había ganado fama de trabajador entre sus compañeros, que, en cambio, o leían los periódicos o se mantenían platicando o mataban el tiempo chuleando a las secretarias.

Y aunque el Museo propiamente dicho quedaba en otra parte, en donde se llenaban de polvo las réplicas de estelas y vasos mayas, las oficinas estaban en el centro, en un edificio colonial, alto y oscuro, ni chicha ni limonada.

Desde allí, desesperado, Tono llamó al Teniente para contarle que estaba copado por el Escuadrón de la muerte. Como todas las mañanas, había llegado tarde y eso lo salvó. Encontró a sus compañeros más blancos que la pared y con las canillas temblándoles. "Te vinieron a buscar, mano", le dijeron. Tres tipos con cara de ladrón habían llegado a la hora de entrada a preguntar por Tono Gómez. Cuando les preguntaron para qué lo querían, contestaron que para venderle una enciclopedia. Y que se iban a quedar en la esquina esperándolo. Más corriendo que andando, Tono se trepó por una escalera al universo de polvo y oscuridad del tapanco.

Hacia las diez, sus colegas salieron a dar una vuelta. El *Bronco* seguía en su lugar, con el radio prendido a todo volumen y los tipos despatarrados

en los asientos. Pero, ¿por qué no entraban? ¿Por qué no hacían como otras veces, que se metían donde fuera y sacaban arrastrado al infeliz que iban a desaparecer?

Misterio.

Era la hora de la refacción y nadie tenía hambre. Entonces Tono se acordó que tenía un cuñado militar. Se bajó del tapanco, lo llamó y le dijo:

—Estoy atrapado. Los escuadrones de la muerte me tienen cercado.

4

—Orita mismo voy para allá —le había dicho García antes de salir despetacado para la oficina del general Vargas. Salió al patio sombreado por los árboles. Atravesó el parqueo y sintió el calor del suelo: el sol comenzaba a entibiar el día. Luego pasó por el campito de fut que separaba sus oficinas de las del cuartel. Mientras atravesaba la desolada extensión del área de juegos, se puso los Ray-Ban. La luz le estaba chingando la vista.

Entró al cuartel general que había sido hecho a imitación de un fuerte de la Edad Media. De lejos, parecía de cartón, como los fondos que las maestras pintan en las clausuras. Los cuques que montaban guardia ya lo conocían, pues en no lejano tiempo había sido su instructor. García los saludó.

Un golpe de oscuridad lo recibió apenas traspasó el umbral. "Me encandilé", pensó, mientras caminaba a ciegas por los corredores helados, olorosos a papeles y humedad. Conocía de memoria el edificio. Llegó a la sala de recepciones. Un especialista escribía en una Rémington de los años treinta. Parecía una gallina picoteando maíz.

—¿Qué hubo, teniente?

—Mire usted —le dijo, y se dio cuenta de que acezaba—. ¿Está mi general?

—Sí, ái está.

—¿Ocupado?

—¡Qué!

—Mire, tengo urgencia de hablarle. ¿Qué dice? ¿No se enchinchará si entro de sopetón?

—No, mi teniente. Venga, lo voy a anunciar.

Con un saltito, el especialista se arrimó a la puerta. Pegó la oreja, tocó con discreción y esperó un sonido que le permitió entrar. Metió la cabeza en la rendija:

—Mi general —dijo—. Aquí lo busca el teniente García. ¿Puede entrar?

—¿Cuál teniente García?

—El teniente Carlos García, el del Centro.

—Ah...

Hubo un momento de silencio, en el que García sólo pudo ver la nuca rapada del muchacho. Algún gesto hacía el general Vargas. Tuvo el deseo de hacer a un lado al especialista. En eso, el otro volteó la cabecita de huisquil y le dijo:

—Entre, entre...

Entró y cerró la puerta tras de sí. El despacho estaba igual que la última vez. Un viejo escritorio de madera, detrás del cual campeaban la bandera nacional y un retrato del Presidente de la República. Frente al escritorio, tres sillas espartanas. Al lado, un armario y dos ficheros de metal. Nada más.

—Descanso —ordenó el general—. Puede sentarse.

García taconeó. Se arrimó al escritorio y tuvo la sensación de que todo eso ya lo había hecho an-

tes. Cada gesto, cada palabra, hasta el reflejo del sol por la ventana, todo eso ya lo había vivido.

—¿En qué lo puedo servir?

García relató al general Vargas lo que ocurría a su cuñado. Mientras hablaba, notó que Vargas respiraba afanosamente, ahogado por la grasa que le colgaba de la papada a la panza. "Si no se cuida, le da un infarto", pensó. Cuando García terminó de contar, el general Vargas carraspeó varias veces.

—Qué se me hace —dijo— que a su cuñado no lo salva nadie.

5

—A eso vengo —respondió García— a ver si lo saco de este lío.

—Espérese. Sólo porque es usted voy a averiguar una cosa.

Marcó tres números. La papada le subía y le bajaba mientras esperaba la respuesta. García sintió las manos sudadas. Al fin respondieron.

—Mire Juancito —ordenó el General—. Hágame un favor, ¿quiere? Averígüeme si tenemos en nuestras listas a un señor... espérese un cachito, ¿cómo es que se llama?

—Antonio Gómez —apuntó premuroso García—. Le dicen Tono.

—...A un tal Antonio Gómez alias "Tono"... sí, sí... sí. Espero... sí, espero...

García volteó a ver a la ventana para no mostrar su ansiedad al general. Observó que había unas cortinas, blancas un tiempo y ahora negras, que algún día se iban a caer deshechas de suciedad. Oyó el picoteo de la máquina de escribir en el cuarto vecino.

Sintió que tenía los pies fríos a pesar del calor que comenzaba a molestar. En eso, le contestaron al general.

—¿Sí, Juanito?... ah... ajá. Bueno, muchas gracias, ¿oye?... sí, sí... que Dios se lo pague.

Colgó. Miró a García. Éste trataba de adivinar la expresión que había detrás de las cuencas negras de los anteojos oscuros del general.

—Tenía usted razón. Sólo que su cuñado está loco. ¿Sabe lo que hizo?

García sintió que el estómago, de repente, se le aguadaba. A lo mejor el general estaba enterado de las gracias de su raza. Se quedaba sin empleo.

—Llamó a un periodista amigo suyo —siguió el general— y ahora frente a la puerta de la oficina están todos los fotógrafos de los periódicos. Imagínese. Si pueden fotografiar el secuestro de uno, el pistajal que les pagan en el extranjero.

—¿Y ahora?

—¡Y ahora se lo llevó la gran puta! Hoy todo pasó sin que pasara nada y dentro de una semana de su cuñado no queda pero ni la sombra, teniente, se lo digo yo.

6

Cuando García entró a la doce avenida, había un tráfico para molestarse. El sol ya estaba cayendo como una palanganada de blancura, y era inútil tener las ventanillas del carro abiertas porque de todos modos se sudaba a chorros. La carrocería quemaba y de la trompa se veía salir un vaporcito que, como un lente, creaba espejismos. La fila de carros caminaba despaciosamente, y a cada esqui-

na ganada, todo era tratar de ver el próximo semáforo, que daba verde, amarillo, rojo, verde, amarillo, rojo y uno todavía a la mitad de la cuadra, tragándose el humo negro de la camioneta que llevaba enfrente.

Al teniente García le había costado un par de años de su carrera apaciguar la cólera del general Vargas. El viejo estaba dispuesto a desaparecer a Tono. Al final, García obtuvo que Vargas le diera el permiso de llevarlo a la frontera. Pero lo hizo sudar frío la advertencia final:

—Con esta gracia, un su par de añitos en la selva no se los quita...

Después llamó a su mujer, que por poco se muere al oír la historia.

—¡Nena, cálmese! —le gritó cuando la oyó chillar al otro lado del teléfono— mire que es por su hermano.

Después agarró su carro, pasó llenando el tanque en la gasolinera del cuartel y comprobó si tenía dinero como para echarse el viaje. Ahora estaba embotellado en el tráfico de la doce avenida, asándose dentro del carro, toca y toca la bocina para ver si así se movía un poco la cola. Al fin, en el cruce con la séptima calle, dos camionetas subieron hacia el Portal. El tráfico se volvió más fluido. Encontró parqueo en la once calle y salió disparado para la oficina de Tono.

Era mediodía.

Se pasó de largo, porque el portón estaba cerrado. Volvió sobre sus pasos y casi bota la puerta con el tocador, que representaba la figura de un león. Oyó los rebotes de los toquidos que se perdían en las resonancia de las paredes coloniales. No abrían. Insistió con más fuerza y el eco se perdía caramboleando hasta el fondo. No querían abrir. Se

puso a tocar como obsesionado, hasta que sus propios toquidos se confundían y multiplicaban con el eco que producían. No abrían.

—Ya se jueron todos —le dijo un hombrón, color chile pimiento bajo el sombrero de paja y con una cubeta de aguachirle en la mano—. A la Embajada de Nueva Granada, es que dicen...

Metió el trapo entre el agua y siguió lavando el carro, sin ganas. "¿Está seguro que a la Embajada de Nueva Granada?", insistió García. "Simón", afirmó el camarón.

Llegar a la zona nueve fue otro martirio. La cola de carros parecía ir siguiendo la Procesión del Señor Sepultado. Un pasito adelante, tres a los lados y otro medio paso de reculón. Al fin desembocó atrás de los ferrocarriles. A toda velocidad pasó bajo el puente del tren y le pareció que volaba en la cuesta del estadio. El envión le hizo recorrer rápidamente la subida que lleva al liceo Salvador.

"Me llevarán una hora, media hora de ventaja", pensó. "A lo mejor todavía están en las formalidades. A ver si lo convenzo a venirse conmigo."

Parqueó frente a la embajada, en donde había un grupo de personas. Por lo fachudos y por las cámaras se veía que eran los periodistas.

García se bajó corriendo del automóvil. Entró al jardín y se acercó a la puerta. Un agente de seguridad le apuntó la metralleta al estómago.

—¿Onde va, señor? — canturreó el hombre.

—Para dentro, ni modo— se insolentó García.

—Pos no se puede.

García le mostró su carnet. El policía lo examinó y confirmó que la patibularia foto pertenecía al teniente. En eso, apareció uno de uniforme. Era flaco, bigotudo y cetrino.

—¿Qué pasó? —inquirió mientras arrancaba el carnet de las manos del policía.

—Aquí, el señor, que quiere entrar...

El rostro del militar se ensombreció. Alzó la vista y miró con dureza, a los ojos de García.

—Teniente —recitó— le recuerdo que esta embajada es territorio granadino.

—No, hombre, si no se trata de eso— aclaró el teniente. Yo no vengo aquí como oficial. El muchacho que ustedes se trajeron para acá es mi cuñado, vea, y entonces yo vengo a ver si ya se asiló...

El granadino no le creyó ni una sola palabra. Le hizo una sonrisa cómplice, de colega.

—Ya usté sabe, ¿no? No le puedo decir nada.

—Créame. Se trata de mi cuñado.

La sonrisa seguía en su lugar, impermeable, sanforizada.

—Pos no, ¿verdad? Siempre no.

Con la furia de los que no están acostumbrados a recibir negativas, García dio la vuelta y se largó sin saludar. Se abrió paso entre los periodistas, entre atarantados y miedosos. Al extremo de la cuadra había una tienda. Desde allí llamó a su casa. Respondió su mujer.

—Mija, ¿no te ha llamado Tono?

—Sí —respondió ella— hace cinco minutos.

—¿Asilado?

—No. Dice que el Embajador de Nueva Granada lo fue a dejar al edificio El Cubo, para que se asilara en las Naciones Unidas.

—¡Ve qué hijo de puta! ¿Y ahora?

—Ahora está allí metido, porque las oficinas de las Naciones Unidas ya están cerradas. Está sube y baja, de un piso a otro, por si lo quieren agarrar...

"Y todo por teléfono", pensó García.

—Si te llama otra vez decile que no se mueva. Y, mirá...

—¿Qué?

—No vengo a dormir hoy.

7

Con cara de niño perdido en la feria, Tono estaba parado frente al ascensor. Cuando la puerta se descorrió como una cortina y le vio el rostro pálido, bañado en sudor frío, García sintió lástima.

—Véngase— le dijo.

El otro se metió con gesto desconfiado y juntos bajaron al primer piso. De allí, medio corriendo, al carro estacionado en doble fila. El rostro de Tono parecía el de uno a punto de llorar. La rigidez de las facciones se aflojó un poco con la presencia de García.

—¿Adónde vamos, Chalie? —preguntó.

—A la frontera. ¿Tiene amigos en Nueva Granada?

8

Cuando, en la carretera Kennedy, pasaron frente a Villas del Pilar, el teniente García se acordó del hombre de Montserrat. "Bueno", pensó. "Al menos tengo tema para hablar con este pisado de aquí a la frontera."

Ahora estaban pasando frente a la entrada de Miraflores. Luego venía la última recta antes de una serie de curvas que terminaban en el Mirador. García metió gas y rebasó a una camioneta. Por un pelo y no se chocan con un carro que venía en sentido contrario y que se llevó, como un pañuelo

al viento, el bocinazo de protesta. Miró de reojo a Tono, para ver si decía algo por su modo de manejar. El otro estaba impasible; refundido en sus pensamientos, mirando el camino. Entonces García se dio cuenta de que no habían hablado desde que salieron.

—Mire Tono, ¿a que no sabe cómo fue a parar el asunto que usted me contó?

—¿Cuál asunto?

—El de Marcos Barnoya y su hermano...

Tono se acomodó, de espaldas a la portezuela, para poder mirar mejor al teniente.

—No. No sé. Cuénteme.

Pero García no le contó nada, porque casi inmediatamente Tono se quedó dormido, agobiado por el cansancio.

9

El carro se hamaqueaba en los desniveles y eso daba a García un placer inexplicable. Manejaba con el brazo izquierdo recostado en la portezuela y tenía el timón hidráulico controlado con la punta de los dedos de la mano derecha. Estaba agarrando las curvas a ochenta y el carro ni se movía. A veces, chillaban las llantas. Tono dormía al parecer inquieto, pues de repente hacía una mueca de angustia y una mano se le movía hacia adelante, como defendiéndose.

Desde la salida de la capital, habían estado subiendo por las montañas que llevan al occidente. Había fresco, pero no frío. Por las ventanillas abiertas entraba el espeso olor de las pinadas. Después de pasar San Pedro, entraron a las rectas llenas de bosques oscuros de Amatlán. Curvas y rectas pero ya no en subida. Y en la planicie del Pinar, campos llenos de maizales, aguacatales, o de puro bosque, se extendían hasta rematar en las lejanas faldas del Chalatenango, que, desde ese punto, se adelantaba, en la visión, al volcán Orazú y al de Tepec. "Es como para estacionar a la orilla de la carretera y tirarse entre la hierba a dormir", pensó García. Aceleró en la recta que hay entre el Pinar y la cabecera. Cien, ciento diez, ciento veinte. El carro parecía un barco anclado, balanceándose. Enfrente de la entrada a Los Hostales había un control de patrullas civiles. García bajó la velocidad, y, cuando ya se iba acercando, compresionó. Luego apoyó suavemente el pie sobre el freno.

—¿Documentos? —el jefe de los patrulleros tenía planta de haber dejado el azadón a la vuelta de la esquina. "Pobre pisado", lo compadeció García. Sin dignarse a contestarle, le mostró su carnet del ejército.

—Pase, pase mi teniente —dijo el otro, entre obsequioso con miedo. García metió primera y, sin haberle dirigido la palabra al patrullero, salió disparado. Pasaron las casas bajas, coloreadas, como de pastillaje, de las afueras de Amatlán y agarraron camino para Ávila. Infinitas tonalidades de verde. El verde claro de la grama que nacía en ensenadas tibias como respiración adormecida, el verde confundido con el amarillo de las cañas que sobresalían de los arroyos transparentes que en la costa se hacían ríos turbulentos; el verde geométrico de los campos de trigo; el verde perico de los árboles cercanos; el verde umbroso de las ramas bajas; el verde-verde, profunda respiración verde del viento que se colaba como podía entre el alma de los bosques; el marrón verdeado de los troncos de los ár-

boles; el verde azulado de las manchas boscosas de las montañas lejanas; el verde negro de la oscuridad en donde las tupidas ramas no dejaban llegar el sol. Y había caminitos por donde uno hubiera querido dar un timonazo y perderse allí y no salir jamás, como si esos senderos llevaran a un mundo nuevo en donde reinase la paz profunda de los bosques verdes y majestuosos, caminos como una serpiente de plumas verdes. La trompa del carro hendía el aire y cada quien tendía a callar, a sumergirse en los propios pensamientos. Enfrente de Ávila, otro puesto de patrulleros civiles. Igual que en Amatlán. El carnet del teniente García hizo que lo dejaran pasar delante de una camioneta con todos los pasajeros bajados, a los cuales los patrulleros estaban cachando.

Los volvieron a parar en Los Encuentros, pero Tono se había vuelto a dormir. Cuando pasaron por el entronque a Salamanca, García parqueó enfrente de un comedor que conocía. Le hacía falta un buen trago.

10

El trago le cayó al estómago, caliente. De allí reverberó entre el cuerpo, por las venas, hasta darle una leve sensación de serenidad. Les llevaron un par de tacos, como boquitas. A Tono le comenzó a regresar el color y las facciones se le avivaron.

—¿Cuánto falta para llegar a la frontera? —preguntó.

—Unas cinco horas.

Cuando se sentaron en el carro, ya iban más contentos. El teniente García dejó pasar a una pa-

reja de señores indios, que caminaban con parsimonia a la orilla de la carretera. Dio estárter y la eficiencia con que se encendió el motor lo llenó de placer. Al salir al camino, cerró la ventanilla, pues el aire del altiplano se había puesto frío. Los indios que pasaban cargando bultos, a los lados de la autopista, estaban emponchados y tenían las caras tostadas por el sol. De vez en cuando, había algún turista europeo pidiendo jalón.

Oscureció de repente. Hacía apenas un momento que estaban viendo el cielo rayado de celajes cuando el sol se fue. García esperó a que fuera bien oscuro para prender las luces. Luces altas. Luces bajas.

—¿Ya vio? —dijo Tono, desde su derecha—, parece como que si existiera sólo la parte que iluminan los faros. El resto nos lo imaginamos. Si no hubiera luz del día, creeríamos que sólo lo que logramos ver con las luces existe.

García no contestó. "Semejantes babosadas", pensó para sí. A la mitad del camino entre Sala y Villar, los paró otra patrulla civil. Había un subteniente y los alumbró con la linterna.

—¿Y el señor? —preguntó, dirigiéndose a Tono.

—¿Por qué? —dijo García.

—Por nada, mi teniente.

—Ah, vaya.

Prendió el motor y dejó al subteniente con la palabra en la boca.

—Para que aprenda —dijo.

Apenas pudo percibir la risa de Tono. Manejaba con más lentitud. A veces, atravesaba un banco de niebla. Pero, en general, la noche estaba despejada.

Menos de cinco horas más tarde, volteaban la última curva que lleva a la frontera. García aprovechó parte de ese tiempo para aclarar algunas co-

sas que tenía atravesadas. Le contó a su cuñado casi todo lo que sabía, incluyendo la historia que le había contado el Jefe de la Judicial.

El otro lo había mirado con recelo. El teniente se indignó:

—Me estoy jugando los huevos por salvarlo y usted con desconfianzas...

—Tiene razón —concedió Tono. Y le contó su parte de la historia. Reconoció pertenecer a una de las organizaciones guerrilleras. Admitió que, por ese medio se había enterado de que el asesino de su hermano era Marcos Barnoya. Cuando había comenzado todo el lío, el día que el notificador llevó la citación para el juzgado, se puso tras la pista. Interrogando amigos y conocidos, y con la ayuda de sus compañeros, había llegado al asesino. Entonces lo citó en el campito de Montserrat.

—Yo lo había citado para vengarme. En lugar de eso, al llegar allí me lo encontré ya muerto. Escapé, pero seguro que me siguieron. Por eso caí. Por eso lo fui a buscar a usted, esa misma noche, para ver qué sabía. Cuando usted no me dijo nada, pensé que la inteligencia del ejército no me había detectado. Calculé mal, porque de plano ya me habían descubierto. Y a usted no le dijeron nada porque es mi pariente.

A García lo dejó perplejo el relato.

—Entonces, ¿usted no mató a Barnoya?

—No. Ya se lo dije. Tal vez lo mató el mismo ejército, porque ya no le servía o vaya usted a saber por qué, a mí qué me importa...

El teniente le creyó.

A los bordes del camino, la mancha de los pinos parecía una fotografía borrosa. Lloraban resina. De cuando en cuando, en lo alto de las colinas, se veían las atalayas del ejército. La guerra.

—¿Y cómo se metió en esto? —preguntó García, a quemarropa.

—¿Cómo por qué? ¿No ve cómo está el país?

—Hecho mierda, a causa de ustedes.

—No, Chalie. La gente se viene muriendo de hambre desde antes que existiera la guerrilla.

—Ahora se muere de hambre y a balazos. Mire la gracia...

—Mejor morirse con una bala atravesada que de alboroto de lombrices, como los coches.

—Lo que ustedes quieren es el hueso y se acabó.

—Sí. El hueso, primero. Pero una vez en el poder, se acaba la miseria, usted. Uno no se echa al monte porque tiene la ambición de ser alcalde, o juez, o lo que sea... Para eso, basta sacar el título y saber venderse. Lo que pasa con ustedes los militares es que no saben lo que es un ideal. Por eso van a perder la guerra.

—No —reconoció García—. No sabemos lo que es un ideal. Pero no vamos a perder la guerra, Tono. Ninguna guerrilla le puede al ejército nacional. Porque estamos dispuestos a todo. Si hay que acabar con todos, a todos nos los echamos. Esa es nuestra ventaja: que no tenemos ideales. Para nosotros sólo existe la guerra. Y ganarla como sea. Ustedes se llenan la boca con la igualdad, la justicia, los derechos humanos y la democracia. Ustedes se llenan la boca con eso; nosotros nos limpiamos el culo.

La conversación fue llena de pausas. No hubo violencia en ella. Hablaban como fuera del tiempo. Como que si hubieran muerto y, muertos, recordaran su vida terrenal.

De repente ya estaban allí, con los aduaneros somnolientos y un autobús de línea que en media hora salía para Nueva Granada. De pronto, Tono estaba poniendo pie en el estribo de la camioneta.

Se volteaba, hacía un medio saludo y desaparecía en la oscuridad, a sentarse en cualquier asiento. Y García se encontró manejando, en un punto impreciso de la carretera Panamericana, de regreso a la capital, esperando sentir tristeza y, en cambio, sólo con la gana de pegarse una buena borrachera.

11

La imagen de Tono que entraba a oscuras en el autobús, lo iba a perseguir durante muchos años. Soñaba, a veces, que Tono bajaba y le decía: "Ya no me voy, todo se aclaró, era una equivocación" y los dos regresaban alegres al carro. Otras veces soñaba que era él, el teniente García, el que se iba, y Tono se quedaba en su lugar, y él protestaba, diciendo que se estaban cambiando los papeles, pero de nada servía el terror, pues el autobús partía y el país se quedaba atrás. Algunas veces soñó, también, que a Tono lo esperaba un comando de los Escuadrones de la Muerte en el interior del autobús, y que tiraban el cadáver por la ventanilla.

Entonces, cuando despertaba, sentía la tristeza que no había podido sentir esa noche de la despedida, y veía, a su lado, a su mujer que reposaba con el rostro tranquilo. Luego se volvía a dormir, y soñaba otras cosas, como por ejemplo, que un avión caía sobre la ciudad y estallaba en llamas.

CAPÍTULO V

1

En la selva ya no dormía como si fuera de palo. En la ciudad, sí. En la ciudad soñaba mucho y no había poder de Dios que lo despertara. Sólo la alarma del reloj, por la mañana. Los domingos podía llegar a las diez sin sentir el mundo. En la selva, no. En la selva dormía como los locos, que basta un suspiro para que se alebresten. Al mínimo ruidito desacostumbrado ya estaba sentado, con la metralleta en la mano. O se descolgaba de la hamaca, que se quedaba columpiándose allá arriba, mientras él se arrastraba buscando protección. Como locos dormían en la selva. Ya antes, cuando era cadete, hubo una época en que aprendió a dormir así. Dormían hasta con los ojos abiertos. Dormían caminando, en las largas marchas de las ejercitaciones nocturnas. Sólo le ponía la mano en el hombro al compañero de adelante y seguía durmiendo. Durmiendo y caminando. Sólo que allí era como un juego. Ahora, en la selva, de esa vigilia desesperada dependía su vida. A qué horas lo sorprendía la emboscada. A qué horas lo agarraban dormido. Otra vez fue en el curso de *Rangers.* Allí los gringos cabrones no los dejaban dormir: simulaban una emboscada y los dejaban morados de la pijaceada. Pero una vez que pasó la Academia Militar y la escuela de *rangers,* instalado en su oficina se le olvidó todo y roncaba como un toro toda la noche, hasta que al día siguiente se levantaba puteando como cualquier civil. En la ciudad podía hacerlo. En la selva, no.

Por eso, cuando en el sueño comenzó a colársele un ruido persistente, como el de una mano que estuviera sobando con ostentación un pliego de pa-

pel celofán, despertó de golpe. Sentado en la oscuridad, sin embargo, no oía nada. Puso la oreja en el suelo. Distinguió perfectamente el sonido. Parecía que se estuviera quemando un bosque. El ruido se le imaginó como el de una aplanadora que le estuviera pasando encima a una montaña de bolsas de plástico.

Sintió la presencia del sargento. Sintió el calor del cuerpo, el sucio aliento a guapinol del dormido.

—¿Ya oyó, teniente?

—Ya —contestó García.

Un soldado que estaba cerca alargó la cabeza hacia ellos, como una tortuga humilde.

—¿Qué es, mi teniente? —preguntó, con angustia.

—Son las hormigas —le dijo el teniente—. Ora te comen hasta el pájaro.

2

Ni muy grandes eran. Por lo menos, no como las tambochas. Eran entre hormigas y zompopos. Pero eso sí, millones. Miles de hormigas todas juntas que se convertían en una sábana negra. Donde pasaban, dejaban todo pelón. Flores, árboles, plantas grandes y chicas, todo se lo hartaban. Y, si, por caso, algún animal les quedaba en el camino, ya que estuviera muerto o enfermo, dejaban sólo el hueso mondo. No había árbol alto ni agujero profundo a donde no llegaran.

Primero se oía como un temblor. Era la estampida de los animales que iban huyendo de la marea negra. Al teniente García el ruido le hacía recordar las matinales de los domingos. Cuando, al final de

la película, el héroe iba alcanzando al bandido, todos los niños somataban los pies y no se podía oír del ruido que armaban. Un como terremoto que se acercaba, el tenso rumor creciente de la catástrofe.

En la ceguera de la huida, pasaba de todo: tacuacines, pizotes, comadrejas, ratones, micos, de todo, enloquecidos en la huída, evitando los obstáculos, olvidados de la guerra que eternamente se hacían unos con otros. Más se asustaban mirando a los hombres acampados. Entonces se desviaban con griterío espantoso.

García juntó a la tropa en un espacio reducido.

—Déme los puntos cardinales exactos —ordenó al subteniente. Éste tomó la brújula. Brujería, era, en cambio, la operación. Una vez indicados norte, sur, este y oeste, García colocó un soldado en cada sitio. Luego, ordenó:

—Échense una buena meada.

Máquinas de obedecer, los soldados orinaron abundantemente. Ya el ejército de desesperados había dejado de pasar. Un silencio espeso dominaba el ambiente. Los chorros de orina produjeron un sonido afelpado sobre el manto de hojas de la selva.

—Nadie se mueva.

No se atrevían a hacerlo. Alguno quiso hablar, hacer una broma, pero nadie lo siguió. Estaban pendientes de la llegada de las hormigas. No las vieron. No las vieron una por una, sino que era como un enorme monstruo negro, que hervía y se movía imparable, sustituyendo el verde de la selva con la negrura de sus patas y sus cuerpos redonditos, y dejando todo pelón, pelón, como si fueran los barberos del bosque.

Como el fuego, como el aceite, como el agua. No parecían animales, sino líquido regado y rápi-

damente absorbido. "Ahora es cuando", pensó García al verlas llegar al límite del cuadrado que la orina había trazado. "Ahora o se paran o nos comen vivos a todos." En efecto, con el ruido de los temblores, con el aire vibrando, como bajo la respiración de un aliento helado, las hormigas fueron llegando a los pies del grupo de soldados.

3

Allí se detuvieron. Desbordaron por los lados. Se montaban una sobre otra, sin atravesar el invisible cordel trazado por las primeras exploradoras. Agua de mar hirviendo, negra, en la noche de la selva. Un cuadrado perfecto: norte, sur, este y oeste. Era verdad entonces, y, sin embargo, García estaba sudando. Silencio. Nadie habla. Espumarajales de hormigas, ruido de millones de mandibulillas que se comen todo, todo, todo; ruido como el de las pisadas sobre un manto de hojas secas.

"Ve qué hormigas más burras", pensó García. Se necesitaba tener un cerebrito de alfiler para tenerle miedo a las miadas. Brujerías de la selva. Pero no se movía. Nadie se movía. En el tiempo destemplado de la noche, nadie contó ni tuvo ganas de contar los minutos que estuvieron todos pegados, encerrados en la cárcel del hormiguero que se iba devorando la selva. Al fin se fueron. Enfocaron las lámparas y vieron que ya no había nada, sólo unas cuantas rezagadas que vagaban borrachas moviendo las antenitas y que los soldados se divirtieron en perseguir y aplastar con los dedos. Parecían empleados de correos aplicando sellos. Bajo el dedo sentían deshacerse el esqueletillo cartilaginoso. Contentos, se

reían. "Se me van a dormir inmediatamente" —ordenó García. No muy contentos, cada uno fue a colocarse a su puesto.

García regresó al lugar de donde se había levantado. Se metió adentro del *sleeping* y se durmió. Era húmeda la noche y, en la lejanía, se oían los gritos de los animales.

4

La noche que se vino de regreso, luego de colocar a su cuñado en el autobús de Frontera, García reflexionó mucho sobre las consecuencias. "Lo voy a mandar a la selva", le había dicho el general. Pensó que se iba a joder, pero no se imaginó cuánto. Porque no era sólo la selva, sino también la guerra. Lo que pasaba en la ciudad era juguete, comparado con eso. Juguete, porque lo hacían otros. La selva era el puro frente. Enfrentarse con los guerrilleros. Seguirlos. Perseguirlos. Matarlos.

—Así que fue a dejar al loco ése a la frontera —le dijo el comandante al día siguiente, cuando se presentó al trabajo sin haber ido a dormir.

—Sí, mi general.

—Bueno, teniente. Ya lo sabía antes de hacerlo. Como dice el dicho, usté, el que se compromete el dedo se mete.

—No podía hacer otra cosa, general.

Aquél chistó, descreído.

—Hay que saber hacerse el baboso a tiempo, teniente. Ya ve usté a Cristo que, por baboso, por no hacerse el baboso, mejor dicho, lo *cruxificaron*. ¿Qué culpa tiene usté, a ver, dígame, de que su cuñado haga machadas? ¡Dígame!

El general hizo una pausa. Luego continuó:

—¡Ninguna, teniente, ninguna! Bien dicen que nadie sabe para quién trabaja. ¡Y no me venga a decir que era la familia! ¡Su familia es el Ejército, señor! ¡Aquí el Ejército es el papá de todo el mundo!

García tuvo la sensación de que la plática era inútil. El general se movía, nervioso y contento de joder a alguno, en el sillón. Parecía un pez gato. Tenía los párpados inflados y el bigote como cepillo de lustrador.

—¿Y ahora adónde dice que lo mandemos, mi teniente? —preguntó, socarrón.

—A donde la Institución diga, general.

—Cuando yo era patojo, estas cosas no existían. ¿Usted sabe que yo era cadete cuando la Revolución? Allí sí que comimos mierda, vea usté. Yo fui de los que desfilaron, manos arriba cuando el arzobispo nos traicionó. Y usté dirá: este cabrón está disvariando. Qué tiene qué ver eso con que me manden a la selva. ¡Tiene! ¡Tiene! En primer lugar, porque cuando uno se sacrifica por otro siempre sale cagado. Ya ve, nosotros, que el Ejército, que la Religión, y al final el Mico nos quería dar atole con el dedo. Pero el Ejército es fuerte, teniente, ¡que se le grabe bien en la cabeza, es fuerte, sobre todo a ustedes que nos van a remplazar! Que se le grabe, teniente. Sólo la Iglesia es tan fuerte y si por mí fuera ya hubiéramos echado a los curas a patadas en el culo. ¡Sotanudos, intrigantes, plirazos! ¿Pero a qué venía todo esto?

—A que uno se sacrifica...

—Ah, sí. ¡Nadie paga bien, óigame! Yo le aseguro, como dos y dos son cuatro, que de aquí a un par de meses ni su cuñado ni su familia se acuerdan de usted. Además, aquí entre nos, bien le va a caer irse un su poco a la selva, ya va a ver. Allí sí se hace

carrera, si es que no se lo quiebran a uno. Pero si uno es listo, la va pasando. Esta es una guerra larga, fíjese bien, teniente, una guerra larga. No se va a acabar ni hoy ni pasado ni mañana, porque guerrilleros va a haber siempre, y mientras no nos jodan, ái vamos a estar nosotros también echando riata.

La frase le causó gracia al teniente. El general aprovechó para soltarle:

—Entonces se me prepara, mi teniente, porque la semana entrante se va para el área.

5

Hacia las seis de la mañana, lo despertó la tristeza. Pasó, sin transición, del sueño a la vigilia. De repente, estaba con los ojos abiertos. Cuando amanece, en la selva, se hace un gran silencio expectante. Con la luz, se termina el griterío de la noche y los que van despertando todavía no se animan a hacer ruido. Se puede oír perfectamente el peso del cielo. Alguna que otra rama se agita, sobando con las hojas al árbol vecino. Otra se quiebra y se cae entre aspavientos. *Pero el resto es silencio.*

García percibió la luz. "Está amaneciendo", pensó. "Está amaneciendo y no me voy a volver a dormir". De vez en cuando le pasaba así. Despertaba en la madrugada y no se volvía a dormir, sino que pensaba y pensaba. Pasaba revista a sus problemas y le sorprendía la lucidez con que les encontraba solución.

Y más ahora, en la selva que ni tenía tiempo para reflexionar. Pasó por el infierno Tojil como quien aguanta la respiración bajo el agua. La vida en la selva iba a ser una continuación más suave,

pero siempre agitada, de lo mismo. Se levantaba cansado, corría de un lado para el otro, todo el día, y en la noche caía como muerto para levantarse al día siguiente con la sensación de no haber dormido nada. Así que no sabía si andaba dormido o despierto bajo el manto oscuro de los árboles.

Ahora se había despertado, anegado de tristeza. Oyó la respiración pesada, los ronquidos de los soldados desparpajados en la maleza. Le dieron lástima. Tuvo lástima de sí mismo, también, la misma lástima que sentía en las cantinas cuando de la rockola salía alguna canción ranchera. Era inexpresable, llegaba casi hasta las lágrimas y se complacía en sentirla.

Se sintió fracasado. Todos bien colocados, con altos puestos, con buenos negocios. Sólo él, sólo él. "Zopenco", se recriminó. Y se odió a sí mismo. "Fuera gringo, fuera otra cosa", pensó y se rio.

Vio que el cielo se iba poniendo blanco. Ya iba a ser hora de levantarse. Sintió el húmedo olor de la tierra que le llegaba hasta la hamaca. Le hizo falta su mujer. Inmediatamente pensó en las historias sobre las mujeres de los militares transferidos al área.

Había un filo de frío en la mañana. Era un filito que desaparecía inmediatamente, para dejar pasar el calorón húmedo que lo mantenía sudando todo el día. Porque odiaba el calor, odiaba más todavía ese friíto que le recordaba la sabrosura del amanecer en la ciudad, cuando, bien comido, bien dormido y bien descansado, sacaba el carro del jardín y se iba al trabajo después del desayuno. Ahora, en cambio, se comía todo en latas, bajo el calor inclemente de la selva.

Se dio cuenta de que había estado apretando las mandíbulas. Le iban a sangrar las encías. Pero qué

le iba a hacer. Desde que andaba por la selva mantenía en la boca el sabor acre de óxido que tiene la sangre. "Son sus nervios", le dijo el dentista. Por muchos años, ya de regreso a la ciudad, se iba a despertar agitado, temblando, en medio de la noche, luego de una pesadilla mortal, en donde de repente los guerrilleros los bañaban a balazos.

A otros les había ido peor. Había quien miraba, alucinado, que el agua del lavamanos se le convertía en sangre; había quien había dejado completamente de dormir; había quien intentaba acabar con la familia con los mismos métodos aprendidos en el exterminio de los indios; había quien ya no se aventuraba fuera de su casa, enloquecido de terror; había quien se envenenaba con drogas y sedantes. García le tenía pavor al regreso. Nada iba a ser igual. Por eso se levantó de mal humor. Cuando el sargento le preguntó:

—¿Y hoy qué hacemos, mi teniente?

—Vamos a quebrarle el culo a cuanto pisado se nos ponga enfrente —le contestó.

6

En efecto.

Esa mañana cayeron sobre una aldeíta que estaba cerca del río. De la base les habían informado que se sospechaba que había colaboradores o inclusive guerrilleros entre ellos. Sólo se podía alcanzar con helicóptero o a pie, entre la selva, a través de un camino conocido por el baquiano que les abría el paso. "Igual a todas", pensó García cuando vio el humo de casas en el claro de la vegetación.

Los indios se habían encerrado en los ranchos. Los sacaron a todos a la plaza. Tenían los ojos vidriosos de temor. Los soldados les gritaban, los empujaban, los pateaban. Ellos obedecían con las quijadas temblerequeantes, con el rostro terroso, con las canillas que les flaqueaban. No parecían animales, porque el animal acorralado se defiende, muestra los dientes, saca las garras. La gente, en cambio, se vuelve toda ojos, toda súplica, un puro nudo de angustia y asqueroso terror.

García apenas daba órdenes. El ritual era el mismo y los soldados ya estaban habituados. Gestos. Chasquidos. Guiños. El sargento llamó a cinco de una lista que les habían preparado en la base.

No hubo modo de saber nada. Los nombres de la lista correspondían a gente denunciada por infiltrados o por informadores o por simples denunciantes. El sargento les gritaba, preguntándoles si estaban metidos en la *mierda*.

—¡Aquí están, miren! —insistía—. ¡Aquí está tu nombre, ve! En la mierda están ustedes y mejor si me lo van diciendo chanín, y quién del pueblo los ayuda, pero ve: rápido, que me estoy cansando!

Parecían idiotas. Decían que no, pero tal era el miedo que no convencían a nadie. Los amarraron. Los rociaron de gasolina. Les prendieron fuego. La gente del pueblo se estremeció como con un temblor, mientras los cinco de la lista caían al suelo, gritando y achicharrándose.

—¡Ora me lo dicen! —gritó el sargento—. ¡Ya vieron lo que le pasa a los subversivos! Ora me dicen quién está metido en la mierda, si no, nos los soplamos a todos...

Ya la gente comenzaba a suplicar, y esto desagradaba a García. Se dirigió al grupo:

—No, señores. Con rogar no se gana nada. Aquí o hablan o se mueren. Gente hay de sobra en el mundo y de la mierda no debe quedar pero ni la semilla, ¿me oyeron? ¡Ni la semilla!

Los soldados se enfurecían al ver la sangre. La gente gritaba y eso a ellos más bravos los ponía. Separaron hombres de mujeres. A unos los metieron en una casita, que servía de escuela y juzgado. A las otras, en una iglesia protestante. Luego, los mataron a todos. Con arma blanca, para no desperdiciar plomo. Había un detalle que siempre le llamaba la atención al teniente García: la cantidad de sangre que contiene un cuerpo. Litros y litros. Al final, en la escuelita, se había formado una poza.

Cuando no quedó nadie vivo, le prendieron fuego a la aldea. Cuando los guerrilleros llegaran, debían darse cuenta de que habían perdido una base. "El buen médico extirpa el órgano infectado para que el cuerpo sano pueda vivir", decía el instructor en el Infierno tojil. "Nosotros somos los cirujanos de este país. Y si nosotros no se lo hacemos a ellos, ellos nos lo harán a nosotros. Así son los comunistas. ¡O ellos o nosotros!"

Rápido prendía fuego la madera. Las láminas se encartuchaban y caían ruidosamente en medio del chisperío y el humo negro. La pestilencia era insoportable. Algunas gallinas pasaban corriendo con las plumas empapadas en sangre. El escándalo del incendio se sobreponía al ruido natural de la selva.

La tropa agarró camino de regreso. Iban sudorosos, colorados, con la espalda iluminada por el resplandor de las llamas. No iban alegres, sino descargados. Cantaban en voz baja una canción del cuartel, para darse ánimos, y sobre todo, para olvidar el cansancio. Iban cansados, muy cansados.

7

Porque matar gente cansa. Al principio tenía la diversión de lo nuevo; luego, repitiéndolo, cansaba como todo oficio. Para los soldados, matar indios se había vuelto una tarea tan fastidiosa como cualquier otra del servicio militar.

La aldea parecía un brasero, a lo lejos; las llamas se habían extinguido y sólo quedaban los rescoldos, unos blanquizos y otros enrojecidos. García se acordó de la parrillita que algunos domingos sacaba al jardín para asarse la carne del almuerzo. Se sintió cansado y sucio. El baquiano, sudoroso, iba abriendo camino a golpe de machete. Él se fijó en que la camisa se le pegaba a la espalda, mojada y oscura.

Desapareció la aldea y el bosque se fue haciendo más espeso. La luz era gris: ese momento entre el crepúsculo y la oscuridad en que no se distinguen las cosas. Oía el jadeo de sus hombres. Sentía el olor. Era una hedentina desagradable, semejante a la de la carne que le tiran a los perros. El cansancio le agrandaba los olores y los volvía, a todos, molestos. García sintió el dolor de cabeza y la náusea.

Cuando estaba tan cansado, le molestaba el brillo de los reflejos y hasta el mejor perfume le revolvía el estómago. Mejor no pensar en eso. El baquiano y su espalda sudada. Mojada. "Espaldas mojadas", pensó. "Al menos, aquí, uno se moja las espaldas echando riata. Pero de cholero de los gringos..."

Ya estaban bien adentro de la selva. A mitad de camino. Superado todo cansancio, las piernas se movían independientemente de la voluntad. Eran como dos apéndices ajenos, que se movían y se movían. Por eso caminaban. La respiración era corta, rítmica, repentina.

Cuando cayó el primer ramalazo de oscuridad, hubo un instante de silencio, exactamente igual al de la mañana. Al pensar en la mañana, García se dio cuenta de por qué estaba tan extenuado. No había dormido bien. De nuevo, recordó el sentimiento de tristeza. Lo recordó tan vivamente que lo sintió otra vez, antes de que el cansancio se sobrepusiera de nuevo. Al distraerse así, se había olvidado del agotamiento.

El baquiano señalaba con firmeza el camino, hacía aletear el machete para abrirse paso, se agachaba, se paraba, se empinaba, seguía caminando y todo sin dar la impresión de perder tiempo. "Brujo parece este animal", pensó. "¿Cómo hará para no perdernos?". A estas alturas, le venía flojo. Lo único que tenía que hacer era mover los pies detrás del guía. Iban retrasados.

Comenzaron a oírse gritos, los primeros gritos de los animales de la noche. Eran como niños aterrorizados, con el mismo ambiguo sonido que tienen los maullidos de los gatos en celo. ¿Lloraba un niño? ¿Gritaba una mujer? Eran los micos, los papagayos, los loros que lanzaban chillidos como si los estuvieran despescuezando.

Tal vez por eso no oyó bien el primer bombazo. Iba viendo la espalda mojada del baquiano y se entretenía en descifrar los ruidos de las bestias escandalosas cuando vio que, de pronto, la espalda del baquiano se teñía de rojo, mientras el hombre caía de rodillas, hacia adelante. Sí, había visto el resplandor de la explosión, pero pensó en un relámpago. Cuando se dio cuenta de que habían caído en una emboscada, ya estaba cuerpo a tierra gritándoles órdenes a sus soldados.

8

Al caer al suelo, García aplastó un matorral que se le metió hasta dentro de la boca. Se dio cuenta después, cuando se vio el labio partido y las canillas arañadas por las ramas. En ese momento, en cambio, sólo percibió la expresión de estupor del baquiano, que se había volteado como para pedirle explicaciones y que se fue de bruces empujado por la muerte.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó. Su orden era inútil, porque los que no habían caído con el bombazo se habían tirado espontáneamente al suelo. García oyó el implacable traqueteo y trató de localizar su procedencia. Vio los fogonazos sucesivos arriba, a su derecha, y apuntó hacia ese lugar. El sargento se le vino a arrimar, temblando del susto.

—¡Nos jodieron, teniente! —gritó. García le hizo señas de que disparara. El otro se adelantó un poco y lanzó una granada en la dirección de donde venían los disparos. García pensó que no iba a estallar. Parpadeó. En ese momento, fulguró el estallido, retumbó el golpe y luego se oyeron los ruidos de bultos que caían.

—¡Micos pisados! —gritó el sargento. En la selva, cada vez que explotaban las bombas, los micos se caían de los árboles. ¡Tump, tump! hacían en el suelo. Y no se podía saber si se había centrado al enemigo o si eran los malditos micos que se desprendían como racimos de plátanos desde las alturas.

García se iba a medio encuclillar. Un peine de plomazos pasó descortezando el árbol detrás del que estaba refugiado.

Otra granada estalló atrás y ahora se las habían tirado a ellos. García oyó los alaridos de dolor, en medio de los golpes secos de los animales que se

venían abajo. Se defendían a la loca, y los guerrilleros, mejor emplazados, se estaban dando gusto con ellos.

Los tenían bajo fuego cruzado. El ruido era el mismo de cuando cae un chaparrón sobre techo de lámina. Con granizo. Pero ésta era una granizada de balas. Sí: era como una tormenta pasada en un galerón de lámina. Relámpagos. Resplandores. Tiquiritaque sostenido de las metralletas. Las que atacaban y las que respondían. Disparando a la ciega. Tirando granadas a donde cayera. Bullicioso espaviento de animales y hombres. Alaridos de los que caían y de los que atacaban.

García se arrastró hasta donde estaba el sargento. El cuerpo del hombre se estremecía con los contragolpes de la ametralladora. Había un insoportable olor a quemado, y el humo de la balacera no dejaba ver casi nada.

—¡Váyase para atrás! —le ordenó García.

Con rostro fiero, el sargento se fue reculando, mientras García tomaba su puesto. La ametralladora casi le quemaba las manos. Apuntó hacia lo oscuro, desde donde parecía venir un infierno en llamas. Mientras le duraron las municiones y las fuerzas, mantuvo fuego sostenido. Luego dejó de disparar y miró hacia todos lados. Los soldados que quedaban vivos respondían con fuego nutrido.

Notó algo raro en el ambiente.

Vio al sargento que, allá atrás, daba instrucciones a dos soldaditos ensangrentados. Entonces les gritó:

—¡Alto al fuego! ¡Alto al fuego!

Tuvo que gritar varias veces la orden, para que lo oyeran. Al fin, todos le hicieron caso. Un silencio crepitante se dejó oír. Entonces García les dijo:

—Alto al fuego. Desde hace como un minuto que estamos disparando sólo nosotros.

9

El teniente García se levantó despacio. Se apoyó en el tronco de un árbol. Se dio cuenta, entonces, de que la noche había caído por completo.

El cuerpo del soldado con el radiotransmisor yacía de bruces sobre el aparato destrozado. "Nos jodieron", dijo García, moviendo el cuerpo con un pie. "Nos dejaron sin comunicación".

—Algo alcanzó a decir —dijo uno.

El rumor de un helicóptero le dio razón. "Por eso se fueron", pensó García. Las aspas se oían cada vez más cerca. Dispararon una bengala.

Duró un rato antes de apagarse. García pudo ver a sus hombres, blanqueados por la luz como fantasmas, que se miraban el cuerpo, incrédulos de haber salido vivos de la emboscada.

El sargento disparó otra bengala para señalar la posición. Los del helicóptero se acercaron, volvieron a iluminar el escenario con reflectores, se mantuvieron un rato suspendidos sobre ellos y se fueron.

—¡Se están yendo, se están yendo! —dijo uno, con la voz quebrantada.

—No seás animal, vos —lo regañó el sargento—. Se están yendo porque ya nos localizaron.

Poco tiempo después, una patrulla llegó a rescatarlos. Faltaba poco para la base, pero esos últimos kilómetros les parecieron infinitos. El sudor, el fango, la humedad, los zancudos, el peso del equipo y el calor parecían lo único de lo que estaba hecho el mundo. Cuando llegaron a la base, mientras los soldados iban a meterse bajo las duchas, el teniente García corrió con el comandante. Subieron a un helicóptero y, con otros dos de escolta, se fueron de regreso al punto de la emboscada.

A García todo eso le pareció como un sueño. La cabeza le daba vueltas. Cuando estuvieron sobre el lugar del ataque, dejaron caer las bombas. Era napalm. No es que el bosque se incendiara. Era como si fuego líquido hubiera caído del cielo.

Por varios kilómetros a la redonda quemaron toda la selva. La noche se iluminaba y el infierno fuera poco en comparación con el calor que venía de abajo. "Estos cabrones ya se hicieron chicharrón", le gritó el coronel. Por lejos que hubieran ido los guerrilleros, el incendio los alcanzaría de seguro. García ni se alegró. Sólo sacó el pescuezo y vomitó de cansancio.

Pensó que se había desgraciado la carrera. El coronel le dijo: "No se preocupe, teniente, a todos nos han jodido más de una vez".

No le contestó. No porque no quisiera, sino porque le estaba estallando la cabeza.

—Y además, ¡dichosote! —le dijo el coronel, palmeándole la espalda, con un tono que no le gustó: —Hoy le vino la orden de regresar a la capital.

10

Le dolía tanto la cabeza que no podía contestarle bien al coronel. Estaba sudando frío del dolor y constantemente le venían arcadas de vómito. El helicóptero se sostuvo en el aire, sobre la base, y luego, iluminado por los reflectores, se depositó en el suelo, levantando un vendaval que mezclaba frío y calor.

Bajaron corriendo, agarrándose las boinas. Después se fueron despacio hacia las oficinas del coronel. "Zámpese dos aspirinas", le aconsejó el mé-

dico. "Y váyase a dormir". García lo oía todo muy lejos, como que si se lo estuvieran contando, como que si todo le pasara a otro. El dolor de cabeza le salía de sí mismo, impregnaba todos los objetos que se volvían repulsivos, nauseantes, dolorosos ellos también. El coronel no pudo evitar decirle: "Déle gracias a Dios que le duele, porque eso quiere decir que tiene cabeza". No tuvo ánimos de reírse. Hubiera debido.

Se tomó cuatro aspirinas de un solo golpe y luego atravesó el caluroso ambiente, podrido y húmedo, insoportable no obstante la hora. Se duchó y se fue a tirar al catre. Creyó que le iba a costar dormirse y en cambio se cuajó de inmediato. Cerró los ojos y las visiones que comenzaron a aparecérsele le confirmaron que se iba a quedar dormido. "¿Y no te pasó nada?", le preguntaba su mujer con angustia. Antes de que pudiera contestarle, un zancudo que le pasó zumbando cerca de la oreja lo despertó. "Ya me estoy durmiendo", pensó. Se acomodó el mosquitero, con negligencia. "El dolor de cabeza se me está aliviando", le estaba diciendo, un momento después, al sargento, que insistía en llamar auxilio con el aparato de comunicación desportillado, que de radiotransmisor pasó a ser una granada sin espoleta. "¡Cuidado, sargento!", le gritó. Fue inútil porque el estallido lo despertó. Dio un brinco violento en el catre. "Ja", se rio. "Estaba soñando". Se volteó para dormir sobre el costado derecho. "No sobre el corazón, porque dan pesadillas", pensó. Pero ya estaba volando sobre la selva. El problema era que no se acordaba del punto en donde los habían emboscado y le daba vergüenza confesárselo al coronel. "Teniente" lo increpó aquél. "Tenemos dos ho-

ras de estar volando y usté no atina". Cómo iba a atinar si estaban volando en una alfombra, como la de su libro de lectura. La alfombra se elevaba, se elevaba, y García se dio cuenta de que dependía de su capacidad de concentración: él pensaba con todas las ganas que debía subir y entonces la alfombra se iba para arriba; él amainaba un poco su deseo y la alfombra descendía suavemente. "Bueno, pues, teniente", le insistió el coronel. Por hacer algo, García señaló un punto cualquiera, en la masa de árboles que se veían abajo. Del helicóptero, ya no alfombra, partieron las bombas. Un momento después estaban explotando allá abajo, pero sin humo: se volvían inmediatamente lagunas de fuego, que avanzaban como lenguas de dragones bajo las ramas de los árboles, achicharrando todo, fulminando como un relámpago las oscuras hojas verdes que estaban abajo. El coronel se volteó a verlo. García descubrió, con horror, a la luz de las llamas levantadas por el napalm, que el coronel se pintaba la cara. Tenía delineados los ojos, la piel brillante por las cremas y los labios de rojo. Le dijo:

—No se impresione, teniente. Todo lo que ocurre, tiene que pasar por fuerza.

—¿Dios? —lo interrogó García.

—Peor: nada.

A pesar del fuego, sintió frío. Entonces cambió de posición; se recostó sobre el lado izquierdo, pensando: "A ver si mañana me acuerdo de que soñé al coronel con la cara pintada". "Pero esto no es de veras", le dijo el coronel, en el helicóptero. "Estamos haciendo una película y, además, es carnaval". Era, en efecto, una película que García estaba viendo en el "Venecia", mientras se comía una bolsa de papalinas.

11

Lo único que le dio pena de irse fue la Mariíta. La había conocido recién llegado, cuando paró el jeep a la orilla de la carretera y se metió a una trampita que surgía como espejismo entre la arboleda enana de la selva. Era una champa como todas, con techo de palmas y paredes de tablones puestos a la buena de Dios, casa de nacimiento. Entró y se topó con los dos ojotes de la muchacha, colocha, pequeña, avispada. Ojos pícaros.

—¿Tiene Coca-Cola? —le dijo.

—No, sólo jugos —le respondió.

—¿De qué?

—Sólo de manzana hay.

—Como que está muy surtida la tienda...

Ella se rio.

—Menos mal que a la dueña le da risa —le observó García mientras sacaba de una caja de cartón la lata de jugo.

—Ah, chis —contestó la muchacha—. ¿Y qué quiere que haga pué, que me ponga a llorar?

—Ah, vaya. Y también es contestona...

Ella se sonrió. Sonrió con toda la cara, con la boca y con los ojos. García se dio cuenta de que era ligeramente mulata.

—Asigún. Así como es el sapo es la pedrada.

—Entonces yo soy un sapo.

—No. Qué va. Alto es.

García pensó: "Aquí me las den todas".

—¿Y cómo se llama, si se puede saber?

—María.

Se llamaba María, pero como era endeble y chiquita, el teniente le puso Mariíta. Era de Oriente y se había venido a la selva atrás de su marido, que

estaba desboscando una parcela. El marido le había puesto tienda y en ella la Mariíta se pasaba la jornada haraganeando. Excepto cuando llegaba la camioneta, que hacía allí una parada de media hora, para que los pasajeros se tomaran su jugo y el chofer pudiera seguir enamorando a la Mariíta, que sin dejar de dar esperanzas no aflojaba prenda. García le sacó del comisariato unas medias y ropa interior, alguno que otro perfume y unas latitas de sardinas que la Mariíta apreció mucho. Al marido lo tenía ciego el cansancio de talar los árboles, de modo que García no tuvo dificultad en llegar cuando quiso, toda vez que fuera de día. Amenazó con un plomazo, si hablaban, a los soldaditos que se quedaban en la carretera jugando fútbol con una lata de jugo.

Cuando le dijo que se regresaba a la capital, la Mariíta se puso a llorar. Moqueando, revisó la caja de regalos que el teniente García le había llevado como despedida. Luego se fueron a la trastienda y se acostaron en el catre. García sintió, con estupor, la rabia y la desesperación de la mujer.

Cuando se vistieron, la Mariíta no cesaba de llorar. Salió a despedirlo a la puerta con los lagrimones que le corrían por las mejillas. Todo el viaje de regreso a la base, García tuvo la sensación de un remordimiento que no llegaba a ubicar bien. Los soldaditos, en cambio, tenían que taparse la boca para no reírse a carcajadas de la mujercita que se había ilusionado con el teniente.

Todo fue llegar a la base y olvidarse de la Mariíta. La alegría de regresar a su casa y dejar el infierno en donde había estado castigado lo hizo despedirse de buen humor. En el avión se durmió y lo despertó solamente el impacto de las llantas del tren de aterrizaje cuando estaban llegando al aeropuerto.

EPÍLOGO

De regreso a la capital, el teniente García consiguió, por fin, casa propia en la Colonia Militar. Siempre era mejor pagar los plazos de la hipoteca que el alquiler. El gusto de decir: "Esta es mi casa". Poco le duró, el gusto. Le pasó lo mismo que con los juguetes de Nochebuena: una fiebre por tenerlos que parecía que no se los daban, y, una vez obtenidos, la aburrición, el no saber qué hacer con ellos, la gana de otra cosa.

Quedaba menos lejos que la Primero de Mayo, colonia de fracasados, de la que se había despedido haciendo ojitos de cangrejo. "¡Aquí está tu son, Chabela!", había gritado desde la ventanilla del flete que sacó los últimos bártulos de la casa vieja. Lo vieron hacer el gesto algunos patojos mocosos y panzones, con el pelo cortado a huacalito, y un ejército de chuchos callejeros que le respondió ladrando con entusiasmo. El chofer le comentó: "Contento, ¿verá mi teniente?". Pero García ni le contestó. El otro, ofendido, pensó: "Militares de mierda, siempre bien montados en el macho".

Pronto se aburrió, al descubrir que la vida era la misma. Se sentaba en el sillón de la sala y le decía algo a su mujer. La otra le respondía desde la cocina. Después de lo cual, él prendía la televisión o trataba de leer el periódico. O destapaba una cerveza hasta sumirse en un sopor que lo molestaba por falso.

Su castigo en la selva había terminado gracias a las elecciones. El general Vargas, caído en desgracia, fue enviado como embajador a París. Algunos oficiales jóvenes fueron llamados a la capital, y entre ellos estaba García, pues el encargado de seleccionar a los privilegiados era un antiguo compañero de la Academia, amigo del presidente. De modo que García regresó a su empleo. Ya no en-

contró a los asesores argentinos, que después de la revolcada que les dieron los ingleses, se habían regresado a su rancho. Ahora los estaban procesando. "Eso no va a pasar nunca en este país", sentenció García. Y pocos días después, el Presidente declaró lo mismo en la televisión. Quedaron los otros asesores, siempre un grupo aparte, que hablaban inglés y que seguían tratando a los nativos con el frío asco del misionero.

Así que recayó en el vaivén de antes. Se levantaba temprano, ponía a calentar el motor del carro mientras desayunaba, se iba al trabajo, regresaba, se dormía, sobrevivía.

Logró, por fin, cuando ya no le importaba un carajo, aclarar el misterio del hombre de Montserrat. Durante una entrega de vehículos oficiales alemanes, celebrado como si Colón hubiera regresado a descubrir América, con autoridades, bombos y platillos, se encontró con el nuevo jefe de la judicial. Chus Matamoros había caído en desgracia. Le quitaron el empleo. Entonces, por desesperación o por venganza, había amenazado con desembuchar todo lo que sabía. No había terminado de decirlo cuando dos tanques le desarmaron la casa a cañonazos. Murió casi toda la familia, excepto su nuera y él mismo, que se fue a Miami, lisiado y ciego.

García quiso corroborar sus noticias con el nuevo jefe. El tipo le confirmó casi todo.

—Entonces era cierto que mi cuñado se quebró a Barnoya.

—¿Su cuñado?

—Mi cuñado.

—Su concuño, querrá decir.

—Un momentito. Aclaremos este enredo. A Barnoya lo mató Tono Gómez, mi cuñado.

El jefe de los orejas meneó la cabeza con displicencia.

—No. A Barnoya lo mató su concuño Filiberto Sobalvarro.

García se llevó al oreja para un rincón.

—Cuénteme cómo fue —pidió, ya sin mucho interés. Le habían dicho tantas mentiras que la nueva versión podía ser una más. De toda esa historia lo único cierto eran la muerte, el exilio y la selva.

—Pues mire usted, su concuño Filiberto había organizado una secta religiosa a la que llamaban la Iglesia del Santo Pastor. En realidad era un truco para sacarle la plata a la gente. Su concuño tenía necesidad de líquido porque le gustaba el juego, y con el vicio, había robado bastante de la fortuna de su familia. Entonces organizó esta trampa de la religión. Su segundo era Marcos Barnoya.

De repente, García comenzó a ver las cosas claras. Se sintió humillado. No por nada, sino por no haber comprendido todo desde el principio.

—La noche que lo mataron, Marcos tenía cita en Montserrat con su cuñado Tono, por una oscura cuestión judicial. Unos terrenos, creo. Antes de ir, acompañó a Filiberto a una mano de póker. Sólo que, como buen mañoso, se había puesto de acuerdo con el contrincante de su patrón, para desplumarlo. Cuando Filiberto ya había perdido diez mil quetzales, Barnoya le pidió que lo acompañara a Montserrat. Esperaba asegurarse, presentándose acompañado. Pensaba, además, descubrir a Filiberto, como jugador, delante del cuñado. Así los neutralizaba y salía vencedor del enfrentamiento. No calculó que, llegados al Centro Comercial, Filiberto le reclamara, como lo hizo, la traición en el juego. Discutieron, se fueron al campito, se pega-

ron y Filiberto, cuando sintió que el otro llevaba las de ganar, le descargó la tolva. Luego huyó. Y le pagó a su amigo Chus Matamoros para que le echaran la culpa al primero que se pusiera enfrente. Parece chiste, pero los dos primeros que llegaron fueron su dos cuñados y tuvo que pagar más todavía para que el asunto pasara en silencio. Por eso la judicial no le pasó nunca la información al Ejército.

Cuando se montó en el carro, el teniente Carlos García se puso sentimental. Confirmó que había fracasado en la vida. La radio transmitía boleros y durante el camino hacia su casa, no pudo quitarse de encima ese pensamiento. Todo lo que había hecho estaba equivocado. Y la equivocación le iba a durar toda la vida.

A la mañana siguiente, se levantó de mal humor, se rasuró de mal humor, se duchó de mal humor y desayunó, por fin, con tal rabia dentro del cuerpo que hubiera agarrado a patadas a cualquiera. Odió sobre todo la silenciosa sumisión de su mujer, que le sirvió los huevos revueltos con respetuosa reverencia: cuando amanecía así, mejor ni hablarle. Cuando se hizo el nudo de la corbata le vinieron ganas de estrangularse y, al final, poniéndose el saco, casi lo rompe a causa de la violencia con que se lo enfundó. Agarró su maletín, por poco y le cierra la puerta en la cara a su mujer, se dio cuenta, le firmó el rostro con un beso de papel secante y se encaminó al carro.

Sacó la palanquita del aire y la primera satisfacción del día lo invadió cuando el motor arrancó soberanamente al primer estartazo. Mientras la máquina se calentaba, García abrió las puertas de la verja, se recordó de un chiste y en lugar de risa le dio asco. "Ah, caray", reflexionó. "Hoy sí que me

levanté para que me toreen". Se regresó al carro, bajó a la mitad el *choke* y, abrazando el asiento, volteó la cabeza para retroceder. Vio la cola de la camioneta que se iba echando humo negro y a las dos o tres viejas que habían bajado. Con ruido de rueda de Chicago que comienza a agarrar aviada, el carro retrocedió hasta que García lo colocó en posición de salir disparado para el trabajo. Puso el freno de mano, bajó, cerró la verja, saludó a la mujer que lo miraba tristemente desde la ventana, quitó el *choke* y se largó a la chamba.

El camino para salir de la colonia estaba lleno de curvas. Se lo conocía de memoria. Parecía hamaca: en una curva, se iba para un lado; en la siguiente, para el otro. Parecía procesión, también. Chum-pa-pa-chum. Pa-pa-chum. Faltaban dos vueltas.

Un carro le salió del lado opuesto, agarrando mal la curva. El desayuno se le hizo piedra en el estómago. Lo esquivó. Abrió el vidrio y con todos los pulmones les gritó: "¡Maaaachos!". Algo le gritaron de respuesta, pero no iba a estar llegando tarde sólo por el gusto de romperse el hocico con alguno. Más bravo se puso.

Un cartel anunciaba que a 500 mts. había un semáforo. García paró de repente, puso el freno de mano, salió corriendo y depositó un paquete a los pies del cartel. Luego, con otra carrerita, se montó al carro, quitó el freno y continuó.

Al terminar las curvas, había una ligera cuesta y, al tope, el semáforo. Se encontró, delante, a un camión de albañiles de la municipalidad. Suerte más desgraciada. Y el semáforo en rojo.

El camión se comenzó a venir para atrás. Los albañiles, parados en la palangana, gritaban y se reían. No se paraba. Se venía lentamente para atrás. García vio por el retrovisor que tenía otro

carro pegado. Comenzó a sonar la bocina con ganas. El camión frenó, pero los albañiles, al darse cuenta de que era carro de militar, comenzaron a chiflar y a cantar:

—¡Un sólo golpe al caite, un sólo golpe al caite, un sólo golpe al caite! ¡Un, dos, tres, march!

García les hizo seña de que se bajaran y sólo consiguió otra rechifla, mientras el semáforo daba verde, el camión se iba y los albañiles desde lejos le hacían ojitos de cangrejo y le seguían cantando: "¡Un sólo golpe al caite, un sólo golpe al caite!". García pensó en lo que les haría si los agarraba. Superó el semáforo, entró en la calzada y pronto el tráfico se raleó.

No había avanzado quinientos metros cuando vio una mancha sobre el arriate. Bajó la velocidad. La mancha fue rápidamente tomando la forma de un par de pantalones, un saco, unas manos, unos pies desnudos. García tuvo una corazonada y se dispuso, más por curiosidad que por otra cosa, a estacionar. Paró el carro a la orilla de la calzada, y llevó las manos a las llaves, para apagar el motor.

No lo hizo.

Un segundo, fue, de indecisión.

Enseguida, puso primera y sin pensar nada, más bien como que si estuviera huyendo de un mal pensamiento, entre blasfemias y maldiciones, con los gritos de los animales de la selva estallándole en los oídos, como que si estuviera borrando enérgicamente las manchas de una mesa, como que si el paisaje que atrás se iba haciendo más chiquito fuera comido por el tiempo, clavado en plena nuca el peso del tiempo transcurrido desde que encontrara al hombre de Montserrat, enfiló decididamente hacia el centro de la ciudad, en donde lo esperaba un día de aburridos y burocráticos menesteres.

ÍNDICE

El Hombre de Montserrat, de Dante Liano
se terminó de imprimir en *Imprenta Aldina*,
Rosell & Sordo Noriega, S. de R. L.,
el mes de febrero de 1994.
En su composición se utilizó tipo Baskerville de 12/13 puntos
y el tiro de la edición fue de 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición